EL GOLPE EN VAGO.

CUENTO

de la 18.va centuria

POR

D. JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

Y si, lector, digerdes ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

Juan de Castellanos, elegias y elogios, etc.
CANTO 1.º, OCT. 3.ª

TOMO IV.

Madrid.
Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

EL GOLPE EN VAGO.

CAPITULO PRIMERO.

Con el viento murmuran,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.

Romancero.

Quedó, pues Alberto, como dijimos en nuestro capítulo anterior, encerrado y medrosísimo en un confesonario, hasta que abierta la iglesia por la mañana se mezcló con los panaderos y revendedores de la feria que venian á oir la primer misa: salió sin ser observado, y se desvió de aquel edificio con velocidad notable. Cárlos entre tanto pasó muchas calles de la ciudad, preguntó á algunos regatones que á aquellas horas llenan las calles por la del A, en que vivia el ca-

ballero de Grañina, y antes de amanecer estaba llamando á su puerta, sin respeto á las sagradas leyes del puntillo. Su alma descansó cuando vió á Isabel dentro de la casa. Le dijo el portero que ya estaba su amo levantado hacia algun tiempo, y Cárlos le halló en efecto ocupado con sus libros y mapas, cual pudiera al medio dia. Vió el señor de Grañina con alta admiracion á Cárlos, á quien creía durmiendo pacíficamente en la quinta. Tambien le sorprendió que viniese con él Isabel; pero no llegó al colmo su maravilla hasta oir las aventuras de la noche. — ¿Hácia dónde cae esa iglesia y edificio? preguntó á Cárlos; y habiéndose enterado de las señas, ¡los alquimistas! esclamó. Ya yo me lo imaginaba. ¡Pero ese general Landesa!... Nunca habla de ellos sino para desacreditarlos, y hélo aqui pasando la noche en sus nefarias juntas. Pero atendamos, señor don Cárlos á los deberes que nos impone su hermosa pupila. Como en mi casa no hay señoras, no puedo ofrecerle en ella un

asilo. Pero tengo una tia, abadesa del convento de señoras nobles, que recibirá á esta señorita como huéspeda por el pronto, y mientras determinan ustedes definitivamente lo que gusten. Se adoptó este plan, que tan bien conciliaba la seguridad de ambos, como el retiro y decoro que á Isabel se debian. Aquella misma mañana salieron en el coche de Grañina sus dos huéspedes; quedó Isabel bajo la proteccion de la abadesa, y Cárlos volvió á su quinta.

Eran los labradores que en ella vivian gente llana y bonaza, de la que ahora no se estila por andar escasísima, y que solia llamar entonces al pan pan, y al vino vino. Se alegraron mucho de ver volver á su estudiante sano y salvo, porque le tenian cariño, y como sospechaban que doliere de la cabeza, y no habia parecido en toda la noche, estaban que no se les cocia el pan. Al fin le vieron entrar pálido y cansado en apariencia, pero alegre mas que nunca. Se confirmaron en que tenia poca sal en la

mollera, y le dejaron ir á acostarse y á soñar con su Isabel en el inefable gozo que la pasada aventura le habia causado.

Estaba en tanto nuestra fugitiva cubierta con un ámplio velo, ofreciendo su gratitud en alegres y silenciosas lágrimas al ente Supremo que la habia librado de sus calamidades. La seguridad de Cárlos, mas que la suya, alegraba su alma, y levantaba al trono celestial sus pensamientos. Algunas horas antes lloraba los infortunios de aquel que podia sembrar de rosas la senda de su peregrinacion en esta vida; lloraba, y regaban sus lágrimas el frio y estéril suelo de un calabozo. ¿Por qué medios habia la Providencia Divina quebrantado los eslabones de sus cadenas? En estas plácidas contemplaciones estaba en el coro de las monjas, y mientras ardia su corazon en amor divino y piedad religiosa, sus labios repetian la cadencia del oficio divino, oraciones que repetian mas de veinte vírgenes.

La abadesa del convento, la mas

docta sin comparacion de todas las hermanas, habia residido mas de cincuenta años en este globo sublunar. La primavera y el invierno de su vida, esto es, sus primeros quince años, y los diez últimos, los habia pasado en el mismo convento que presidia entonces. Los otros treinta años los distribuyó del modo que sigue. Consagró los diez primeros á un esqueleto vivo de respetable antigüedad, marido fantasma, á quien apenas quedaban fuerzas para sostener sobre las muñecas los entorchados de teniente general con que quiso la bondad del rey honrarle las mangas de la casaca. Era esta anatomía único y deplorable resíduo de un excelentísimo conde, cuya exuberante riqueza habia recibido vasto incremento en cierta gobernacion ultramarina. La envidia hincó hasta las encías su ponzoñoso diente al celebrarse aquellas nupcias de la muerte con la vida. Los oficiales jóvenes de la armada, pues el general era marino, hacian mil atrevidas observaciones, con desdoro de

la hermosa niña que iba en la flor de sus años á entregarse á un fardo de toses, reumas y humores. Las doncellitas de una cierta edad, es decir, aquellas rosas del sexo que ya, y á toda prisa, iban deshojándose, querian reprimir las acres indirectas de la juvenil oficialidad, y decian con mucho candor, que la bella niña querria tal vez divertirse en aprender medicina por algunos años mientras duraba aquella ilusion ó fantasía de su marido, lo cual no podia ser mucho tiempo, viendo que era el futuro un hombre considerado de buena educacion que no tardaria en hacerle el obsequio de dejarla viuda. — Ciertamente, añadia otra damisela de aquellas á quienes suele el vulgo bárbaro (es adjetivo clásico) llamar cotorronas, de aquellas que por haber pasado ya dias atras el meridiano de su edad matrimonial tienen guerra abierta con himeneo y con todo casante de cualquier sexo, ciertamente no tardará en librarla de su presencia, y entonces...

— ¿Que sucederá? preguntó ardien-

temente un alferez de fragata de estos que parece que siempre van de bolina, y que en vez de sangre les corre fuego por las venas. Por Dios, Mariquita, no nos deje usted en estas dudas, que la curiosidad me mata.

—Qué perverso es usted y que malicioso... Usted ya me entiende... quiero decir, que dará en su casa festines y saraos, mientras los gusanos hacen banquete de su esposo.

— Mil perdones, Mariquita. Su esposo mataria de hambre al gusano mas frugal que jamas vivió en sepulcro.

— ¿Y si deja á la pobrecita viuda cargada de niños?...

— ¡Por Santelmo!... Omitimos la respuesta del alferez.

Toda esta murmuracion y escándalo andava de boca en boca, y vivió diez años sin consumirse, cuando llegó la hora de llevar muy solemnemente en una caja á la iglesia el baston, huesos, pellejo y uniforme del excelentísimo. La parte interna de su palacio se vistió por

supuesto de terciopelo negro, y la rozagante viuda cubrió del mismo luctuoso color sus interesantes facciones y airoso y esbelto talle. El señor alferez de fragata, contra cuyo desenfreno de lengua hemos animadvertido arriba, formaba, por acaso, parte de la comitiva funeral, y tanto le impuso y afligió aquella escena solemne, que no pudo menos de volver sin tardanza al palacio de la infeliz viuda, con quien se condolió del modo mas patético. — ¡Qué almirante hemos perdido! decia; aquello era un Neptuno. Y como estas esclamaciones agravasen el dolor de la paciente, hizo por ponerse junto á ella, y *tout bonnement*, sin reparar en que estaba llena la sala de tristísimas matronas, se le ofreció al oido como sustituto ú heredero del general. ¡Quién pudiera pintar la turbacion de la dama al oir tan intempestivo secreto! Le contestó en baja pero indignada voz, que se le quitase del lado. Lo mismo que un sordo. — ¡Quién lo vió como yo, decia de recio, mandar la escuadra que vino de Quito! y al oido

de la viuda sin que nadie lo advirtiera: Le digo á usted que la devoraria, que me estoy aqui consumiendo. Figúrese cualquier viuda de razon qué tarde pasaria la nuestra oyendo estos y otros desacatos semejantes. En tanto se acabó el entierro. Al otro dia muy de mañana entró á verla el alferez, y entonces ¡gracias á Dios! tuvo la dama lugar de manifestarle su resentimiento por la conducta de la tarde anterior, diciéndole ademas clara y terminantemente que habia decidido retirarse del mundo para ir á llorar á su señor despacio en un convento. Cualquiera creeria que esto contuvo al atrevido oficial, y que dejaria en tan loable idea á la viuda de su gefe; nada menos que eso. El tal oficialito debia tener un corazon de acero, y á cada rechazo daba él tres ataques. ¿Qué podia hacer la desventurada señora? Llegó á decirle: — Es usted el jóven mas peligroso que hay en los navíos del rey. Y en fin, para abreviar, tan atormentada y perseguida llegó á verse, que para li-

brarse de sus molestias tuvo que darle la mano, y el manejo de los caudales que le dejó su difunto.

El fallecido conde, en imitacion de los frailes franciscos, parece haber hecho en la parte posterior de su vida votos de humildad, castidad y obediencia. Su señora se vió por consiguiente encargada del inmenso trabajo de dirigir segun su parecer y voluntad hasta las menores acciones del cadavérico excelencia. Acostumbrada á las fatigas del mando, tuvo la condescendencia, en conmiseracion de la juventud del presente esposo, de resolverse allá en su ánimo á continuar aquellas desagradables funciones. Acaeció empero que en el dia de aquellas felices nupcias apuró el novio no sabemos cuántas botellas de Jerez, y hubiéronsele de subir los vapores á la cabeza, porque olvidado de toda idea terrestre, llegó á figurarse que estaba corriendo una de aquellas gloriosas tempestades que suelen turbar la paz del padre océano. Lleno de tan estraña fantasía, se le antojó

que era su novia una pasagera de distincion cuya seguridad y cómodo viaje le estaban escomendados. Creyendo que peligraba sobre cubierta en tan borrascoso tiempo, la asió gentilmente del brazo, y como se mostrase algo remitente, la sentó en un sofá con suave compulsion y dulce sonrisa. Notó en el mismo instante que los pícaros de los criados, ó como él les llamaba, marineros, no andavan bastante listos. Insinuó por lo tanto una sopera con todo su contenido sobre la cabeza del mayordomo; disparó media docena de platos de china hácia la cúspide de otro familiar; bautizó al tercero con un frasco de manzanilla, é iluminó al page de la señora, en su lenguaje el grumete, con un un candelero de plata, que le dejó espertísimo habiéndosele sacado diez onzas de sangre que le incomodaban. Dispersos y huesirotos en un santiamen los marineros todos, y libre ya el camarote de su presencia, tomó nuestro alferez el timon, y condujo á su alvedrío el bajel de alli a-

delante. Y como fuese su disposicion natural ardiente y emprendedora, comprometia sin cesar su pobre buque contra rocas, bancos y corrientes, haciéndolo navegar á traves de los mas violentos huracanes sin consideracion ni piedad.

Este digno esposo, despues de hacer feliz á su consorte como unos veinte años, se puso por desventura frente á la espada de uno de sus íntimos amigos, que tuvo la bondad de atravesársela por los hígados en un reñido, pero elegantísimo desafio. Este accidente decidió con mucha frialdad una acalorada disputa acerca de ciertos puntillos, privilegios é indefinidos derechos de que gozan los españoles tanta abundancia.

Don Alejo Cevallastigardi y Chodapeturra, redactor de la presente historia, se lisonjea con la esperanza de contar entre sus hermosas lectoras algunas de aquella clase de la sociedad cuyas damas atraviesan por lo menos una vez en la vida el canal de la Mancha, ó van siquiera en el del vapor de Cádiz al puerto

ó de San Lucar á Cádiz. Y gozosísimo con esta esperanza, se toma la libertad de preguntar á aquella belleza cuyos interesantes y dulces ojos resplandecen ahora sobre sus toscas páginas, si tan merecido ódio le inspiraron las cosas navales en dos ó tres horas que pasó en el paquete, si su ecuanimidad, que todos admiran, su afabilidad y paciencia, empezaron á apurarse en tan corto tiempo y plácido buque, ¿qué le sucederia á la desgraciada señora que pasó veinte años á bordo de uno de los mas combatidos bajeles? Adquiriria, como le sucedió á la abadesa, cierta especie de dignidad cortante y afilada, perdonable en señoras de su rango, y que suele caracterizarse cuando se habla de gentes plebeyas con los dictados de genio ágrio, cara de vinagre y otros epitetos no menos pungentes y acres.

Cansada del mundo y de su vanidad, pero infinitamente mas cansada de sus realidades, se refugió nuestra viuda, al acabar el segundo esposo, en el convento de damas nobles, adonde halló tantos in-

tereses opuestos que conciliar, tantas maniobras que reprimir, tanto ingenio, paz y tiempo perdidos en planes ambiciosos, que hubiera el todo hecho honor á la misma corte de Alejandro VI. Tenia nuestra viuda la esperiencia y ardor de un marinero; pero la edad habia parcialmente subyugado su genio fogoso. En vez de tomar parte en las cabalas de las hermanas, creyó mas conveniente mejorar su propia benevolencia, y luchar hasta vencerlo contra el ardor de su disposicion. Quiso convertir su vehemencia en laudable rectitud de carácter, arrancando, como Franckling, el rayo á la tormenta, y aplicándolo á útiles objetos. Irascible, y poco sufrida por naturaleza, se hizo por arte paciente y templada; pero en los conflictos violentos y frecuentes del sentimiento contra la razon, era dudosa la victoria y dudoso el proceder de la abadesa en diferentes circunstancias. Bajo la proteccion de esta señora quedó, como se ha dicho, Isabel.

CAPITULO II.

Fra quanti amor, fra quante fedi al mondo
Mai si trovar, fra quanti cor costanti,
Fra quanti, ó per dolente, ó per giocondo
Stato, fer prove mai famosi amanti;
Più tosto il primo loco, che'l secondo
Daró ad Olimpia: e se pur non va innanti,
Ben voglio dir, che fra gli antichi é novi
Maggior dall' amor suo non si ritrovi.

Ariosto.

Aun soñaba con Isabel el caballero, cuando le despertaron ciertas voces mas ásperas, altas y roncas que las que podian salir de sus labios; eran, en efecto, las de Alberto y del Chato las que le despertaron; éste con sus cortesías á lo jaque, aquel felicitándose de hallarlo vivo, pues no habia vuelto á saber de él positivamente desde la noche en que acompañó á Cárlos á la casa de los alquimistas.— Dios sea loado, decia, que me permite verte sano y bueno; yo tambien lo estoy,

pero es por milagro patente, pues has de saber que me morí de miedo aquella noche, y si estoy aqui, debo de haber resucitado como Lázaro. No querria volver á verme solo como me vi dentro de aquel confesonario por todos los tesoros del universo. En fin, ya pasó, pero me parece mentira. Muerto estuve, á fé mia, y hubo de resucitarme algun santo de mi devocion. Cárlos se pasó la mano por los ojos al oir aquello, para asegurarse si soñaba, ó estaba ya despierto.

—Pues yo, con perdon sea dicho y sin ofender á nadie, dijo Chato, si á mí me hubiera pedido mi parecer ese santo de su devocion, le habria aconsejado que no hiciese milagros hueros. ¿A qué sirve resucitarle á usted hoy, si de ver pasar un raton se morirá de miedo mañana? ¿Quiere usted que no tengan los santos otro oficio que el de andarle á usted resucitando?

—No tanto amen que se acabe la misa, señor Chato, replicó Alberto en invencible buen humor: salgamos para

dar á Cárlos lugar de vestirse, y yo le contaré á usted hazañas mias que un paladin las envidiara.

Imaginando que asir la felicidad y apoderarse de ella no es tan facil como discernirla desde lejos, determinó nuestro héroe enviar á Alberto cuanto antes á Aznarcollar con una carta para el cura su tutor. El objeto de la epístola era doble. En la primer parte de ella suplicaba al cura le diese lo que los mas de los hombres prodigan sin mesura, á saber, consejos. En la segunda le pedia lo que poquísimos estan dispuestos á dar, esto es, dineros. Daba á su tutor ademas pleno poder para administrar sus bienes, y le comunicaba la resolucion que habia tomado de llevar al altar á su prometida tan pronto como volviese Alberto con el dinero, yendo despues á Portugal, adonde podria vivir en paz y en felicidad ilimitada, esperando la vejez bajo la sombra de una robusta encina en el verano, ó junto á su encendido tronco en el invierno: tal vez pensaba él, allá en su

mente, en describir este plan de vida rodeado de inocentes y dulces prendas de su cariño.

Otra persona habia tambien que consultar sobre este asunto por hallarse en él interesada, es á saber, nuestra heroina, á quien escribió Cárlos una carta, cuya completa lectura manifestaria ejemplar paciencia en cualquier otra persona que Isabel. Avisado por la esperiencia, le indicó el uso de ciertos signos, dificiles de advertir, para evitar la posibilidad de falsas comunicaciones.

Encontró Cárlos á Chato y á Alberto en el jardin, y les enseñó los dos pliegos. Le entregó á Alberto el del cura, y preguntó cómo podria dirigirse el otro á Isabel.

— Por mis fieles manos, contestó Chato: algo conozco el conventito de señoras nobles. Mientras estuve en las ratoneras de los alquimistas le llevé varios mensages á la abadesa, una señora de cara de azufre y mas ácida que un limon, á quien respondo de sacarle per-

miso para entrar y salir en el convento cómo y cuando quiera. Tambien conozco á la porterita del convento; bizca de ojos, muchacha viva y traviesa, santa de palabras, y mas buena que el pan. En cuanto á su carta, entréguemela usted á mí, pierda cuidado, y quede seguro de que llegará positivamente á su destino.

Aceptó el caballero este ofrecimiento, y preguntó á su amigo Alberto si estaria pronto para partir á la mañana siguiente. — ¿Qué mas pronto que lo que estoy ahora mismo? dijo Alberto. ¿Podrian, por ventura, aprontarme mas cien noches que por mí pasaran?

— Pero, señor don Alberto, insinuó Chato, su maleta de su merced y su equipage.

— ¡Qué maleta! esclamó Alberto con burlesca solemnidad. ¿Qué maleta, cuando estoy vestido como el licenciado Cabra con telas de araña, con ropas de ilusion, que temo estornudar en la calle por no quedarme encueros?

— Como estamos en verano, señor

hidalgo, dijo Chato mirándolo maliciosamente de pies á cabeza, le gustará á su merced ir fresco y ligero.

—Y tan ligero como voy, que no me pesa el vestido un adarme. Tanto mejor para el oficio de mensagero.

—Ya se compondrán las cosas si Dios es servido, dijo Chato.

— Y con ellas mis prendas de vestuario, repuso Alberto, siguiendo á Cárlos y al Chato fuera de la casa; pero si asi no fuese, primo Montesinos, paciencia y barajar.

CAPITULO III.

¿ Quién irá por el mundo cazando fortunas, y será honrado sin tener el sello del mérito? Que nadie presuma usar asi una dignidad no merecida.

Shakespeare.

Muy de mañanita una hermosa mañana de verano, bien provisto el hombre de jamon y otras sustancias saladas, celebradísimas en labios de Sancho por su propiedad de evocar la sed, y la sed el vino, despues de un opíparo almuerzo de esta especie *sitibunda* salió el importante Chato de la quinta del señor de Graña con plenos poderes para entregar sus despachos á la huéspeda de las nobles monjas de Sevilla.

No estaba el tiempo demasiado bochornoso. Una fresca brisa mecia el follage de las arboledas, y esparcia por el aire la fragancia de los bosques. Chato

predijo bien de su espedicion. — Si fuera don Cárlos hermano mio, cogitaba allá en su mente, no espondria por él mi pellejo con mas franqueza. Pero es valiente, generoso y afable. En llevándolo por bien, un cordero; por mal, los demonios que se las avengan con él. Sin embargo, díganos usted, señor Chato, ¿no sería una bobada, indigna de un hombre como usted, el que le ahorcasen por servir á un señor valiente, generoso y afable? Nada de eso. Sería primada poner el pescuezo en peligro por un caballerete entre noble y plebeyo, con mas trampas que vanidad, y mas vanidad que vergüenza. Despues que usted se matara por él, le daria media onza, y aun pensara haberse portado como un Alejandro el Magno. Pero un mozo de la calaña de don Cárlos, está siempre dispuesto á perder vida y hacienda para sacarlo á uno de un mal paso, y cada favor que se le hace es un grano de trigo arrojado en buena tierra. Usted es por lo tanto un hombre sapientísimo: ¿pero qué tiene que temer su merced del

señor Chato con un saber y una cabeza que Dios le ha dado que valen mas que las montañas del Perú? El hombre que sea capaz de conocerme bajo estos santos vestidos ha de tener mas vista que un águila. Veamos qué tal voy. Y asi pensando se inclinó á ver la querida figura en una fuente.—No me admiro, esclamó luego, de la ternura que tienen conmigo las muchachas. ¡Qué cara esta! ¡qué inteligencia! Tomo sin duda por asalto á la portera. ¿Pero qué doncella de cuerpo de casa, qué portera ni ama de llaves puede resistir los amores del Chato?

Con estas y semejantes reflexiones se halló nuestro enviado empuñando el aldabon de una puerta que guiaba al locutorio de las nobles madres.—¿Quién es? preguntó una voz nasal desde adentro.—Gente de paz, respondió Chato con voz santificada. Se abrió la puerta, y entró en un cuarto cuadrado adonde estaba el torno.—Deo gracias, ejaculó Chato por via de salutacion. La oculta portera respondió con prolongado acento:—

A Dios sean dadas, vacilando en su pronunciacion de manera que conociese Chato que habia reconocido su voz. — Honesta, venerable y hermosa portera, dijo Chato con su humildad acostumbrada, á pedirle vengo que me haga la caridad de permitirme dar un mensage á una señorita que no ha mucho vino á este convento. — ¡Jesus María! contestó la portera olvidando la beatitud de sus tonos nasales; nuestra madre abadesa no permite que hermana ni pupila baje al locutorio sin su permiso. — ¿Y no podrian pedir la licencia necesaria esos labios de rosa que su caridad tiene, y que siempre han hechizado los ojos de este su antiguo apasionado? — No os entiendo, hermano, replicó la de los escrúpulos volviendo á la voz nasal.

— Yo me esplicaré, castísima madre portera, dijo el Chato. Y sepa su caridad que el hermano mismo de la señorita le envia nuevas de su salud y prosperidad, ¡gracias al Señor! las cuales nuevas envia en una carta á su herma-

na; y esta es la que ha puesto en mis manos, con proviso que yo la pase personalmente á las de su hermana, dándome al mismo tiempo una pieza de oro para darla de limosna á la porterita, en pago de ir á llamar á su hermana y decirle que baje al locutorio.

—Hágase la voluntad del Señor, contestó la invisible; voy á pedir el permiso que su caridad desea.

A los pocos minutos volvió con la agradable nueva de que la abadesa queria hablar al mensagero, y le suplicaba fuese para ello al locutorio. Era este espaciosísimo. Un crucifijo grande ocupaba el altar de un testero; el otro era de fuertes rejas de hierro, dobles como las de las cárceles, y bastante separadas entre sí. Al otro lado de ellas no habia mas que oscuridad.

Apeñas llegó el Chato distinguió tres formas blancas aproximándose con leve paso á la reja. Eran estas las de la abadesa y de dos niñas educandas. Dificil parecia ver con precision desde afuera de los hier-

ros objeto alguno sumergido en las interiores tinieblas: y al contrario, los objetos esternos podian dicernirse muy bien desde adentro. A merced de su favorable posicion, y con el auxilio de un gran par de anteojos, reconoció inmediatamente la abadesa al criado de los alquimistas, de cuya mano habia recibido frecuentes comunicaciones.

—¿Qué recado traeis, hermano? preguntó con mucha afabilidad la abadesa.

—¡A mí que las vendo! esclamó el Chato para sí. ¡Bueno soy yo para que me saque mis secretos una vieja! Y en parte por una precaucion inútil, y en parte por una costumbre inveterada de nunca decir la verdad á personas de tan alto coturno como la abadesa, le dió la siguiente respuesta apócrifa: "Suplicar á vuecencia me permita dar un mensage á una de las venerables hermanas de parte de su confesor el reverendísimo y docto padre José Gonzalez."

El nombre del célebre confesor del

convento no se introdujo en vano ni *mal à propos*. La abadesa le tenia en grande estima, y sin mas dudas ni escrutinio mandó á Chato presentarse á la portera, que satisfaria su deseo.

— Soy el mozo mas esperto de Andalucía, esclamaba Chato para sí; el *non plus ultra* de la sagacidad. Con esto hizo una profunda cortesía á la abadesa, y se dirigió para ello hácia la puerta, mas le detuvo en ella el bulto de un antiguo conocido suyo, que á guisa de aparicion hubo de ponérsele á deshora ante los ojos. Era este espectro aquel escribano de Aznarcollar de los muchos huesos, que con su vestido negro alimosquino, logincua estructura, prominentes quijadas y hundidos ojos, habia venido á Sevilla y al convento para probar la hidalguía, ó séase limpieza y buena cualidad de ciertos géneros rurales procedentes del ayuntamiento ó del pósito de su lugar, y cambiados el año anterior por una buena y redonda suma de patacones de las madres monjas.

Es de saber, para la buena inteligencia de esta verdadera historia, que los tres años precedentes al de nuestra narrativa bendijo el cielo las Andalucías con abundantes cosechas de trigo y de aceite, y que el escribano ó fiel de fechos de Aznarcollar llenó de estas especies sus graneros y tinajas, con la magnífica esperanza de que permitiese Dios que la esterilidad y el hambre bajasen sobre la tierra para darle valor á sus almacenados artículos. Pero no se lograron sus deseos; el precio de los granos se mantenia bajo, y el del aceite no se levantaba. Parecia ser que la agricultura y el comercio habian hecho alianza para alimentar á los pobres con las desazones del fiel de fechos. Los campos cada vez tenian mejor cara, y la próxima cosecha prometia tesoros mas ricos aun que los de las anteriores. Por este tiempo recibió el concejo aznarcollariense carta de la noble abadesa de Sevilla, pidiendo, como lo hacia todos los años, cierta cantidad de trigo y aceite para el abasto del convento,

por supuesto por el precio corriente, pagado sin dilacion como las madres acostumbraban. El alma del escribano se llenó de amargura cuando leyó en el ayuntamiento la carta. Venia justamente de su granero, adonde halló el trigo carcomido, seco y en completa decadencia; habia destapado sus tinajas, y hallado el aceite mas rancio que las costumbres del rey Perico. ¡Qué ocasion perdia de vender sus géneros por tanto tiempo guardados, y ya tan notablemente decaidos! Se llenó, pues, su mente de tinieblas, cuando hé aqui que vino á disiparlas un rayo de luz salido de la boca del alcalde, que le mandó tomar tanto trigo y tanto aceite de los que para el pósito y otros usos tenia el pueblo, y mandárselo sin dilacion á las nobles reclusas. Partió sin demora á dar cumplimiento á la orden. Obedeció la primer cláusula mas que literalmente, porque siendo de condicion abierta y amigo de medidas colmadas, pudo manejar llevarse de los granos y aceite del pueblo como el doble

de la cantidad pedida. La segunda parte de sus instrucciones, esto es, el envio inmediato de aquellos géneros, tambien la llevó á cabo, pero con la ligera variacion de encerrar en su casa el dorado trigo y fragante aceite del lugar, mandando en lugar de ellos á las monjitas escasísimas medidas del suyo propio. Las quejas de las nobles vírgenes le habian obligado á abandonar sus hogares, y á cuadrarse enfrente de la abadesa con la esperanza de hacer ver que eran los dichos efectos de la mejor calidad, y que se habia pagado por ellos poquísimo mas del precio del mercado. Ya habrá el sagaz lector deducido al enterarse de este asunto que no estaba el escribano en el mas envidiable caso del mundo, pues siendo casi todas las madres de sangre patricia de la mas añeja y esclarecida, habia mediana probabilidad, en el sentir del escribano, de que le echasen por algunos años á presidio si la metempsícosis del trigo y aceite llegaban á petentizarse. En caso de que fuesen inútiles todos sus ar-

gumentos y aseveraciones, trajo astutamente nuestro escribano de su lugar una crecida suma de metálico que volver al convento, caso que la necesidad lo exigiese, y que su seguridad propia lo demandase. — Beso los pies de vuecencia, dijo el fiel de fechos al entrar en el locutorio, inclinándose profundamente á la abadesa, pero con tal encogimiento que no parecia en el saludar miembro de justicia.

—Sea Dios con usted, replicó la dama con grave y desanimadora formalidad. Estoy altamente resentida de la conducta del ayuntamiento de Aznarcollar...

— Pero, excelentísima señora, por el amor de Dios, dijo el escribano, ya que no se trata mas que de unas cuantas fanegas de trigo y de algunas arrobas de aceite, á mí me parece...

La abadesa no le permitió continuar. — No estoy acostumbrada á que se me interrumpa, le dijo. Oiga usted mis quejas, y luego se servirá favorecerme comunicándome sus pareceres.

—Perdone vuecencia... dijo el miem-

bro judicial inclinándose hasta la tierra, y prosiguió la señora:

—Despues de tantos años como ha que goza el pueblo del beneficio de nuestra proteccion, despues de tantos años como hace que les estamos pagando sus productos al precio que por ellos piden, cuando estos pagos se hacen de contado y en buena moneda, paréceme que es indecoroso, por no usar otra palabra menos comedida, enviarnos para nuestro propio consumo trigo podrido y aceite tan rancio que ni para las lámparas de la iglesia puede usarse. Antes de escribir al pueblo he oido el dictámen de personas inteligentes en el asunto, y todos con voz unánime me han dado informes de poquísimo crédito para el pueblo en cuyo nombre usted viene. El trigo y el aceite que necesitaba le he mandado ya traer á otros traficantes que espero se conducirán mejor. Puede usted retirar sus efectos cuando guste, devolviendo su valor inmediatamente; á no hacerlo asi cuanto antes, nos valdremos desde luego de la jus-

ticia, que no somos nosotras personas con quienes puede faltarse impunemente á la equidad.

—Pidiendo mil perdones á vuecencia, dijo el anonado fiel de fechos con balbucientes y tartamudas palabras, el pueblo envió de los mejores artículos que tenia en su poder, y todo al precio corriente; cinco ducados la fanega de trigo y tres la arroba de aceite; nosotros no podemos, por lo tanto, en justicia hácia nosotros mismos, volver la suma total recibida del convento. Una parte de ella, la tercera, por ejemplo, cuando mas la mitad, podia devolverse á su excelencia, considerando la calidad de las personas. Yo siento en el alma, señora excelentísima, que no podamos en conciencia ofrecer mas, ni traspasar estos límites.

—Sus sentimientos de usted no son hechos ni cosas pertenecientes á este asunto, replicó la abadesa en lacónicos términos. Puede usted devolver ó no voluntariamente nuestro dinero. En el primer caso quedamos en paz; en el segundo

será usted llamado ante las autoridades, y el rey nos hará justicia.

Las facciones del escribano se dilataban y contraían alternativamente en su angustia. El semblante, ya de suyo cadavérico, se ponia mas y mas lívido, y cada pensamiento y cada idea que le venia á las mientes era para su pecho una daga. La verdad del caso es, que nuestro dignísimo vió la espada amenazar su frente si rehusaba conformarse con las condiciones de la abadesa; aviniéndose, empero, á ellas, tendria que desprenderse de mucho oro y plata, acto que consideraba como la mayor calamidad de la vida. Habia en efecto traido el dinero con intencion de entregarlo si era preciso; pero cuando llegó aquel tremendo instante se sintió devorar de la contriccion que suele aflojar los nervios de un duelista arrepentido. Abatido y falto de resolucion para acabar aquella insólita hazaña, reclinó la cabeza sobre el pecho y se sumió en obstinado silencio, ansioso de huir de ambos términos del di-

lema, cual tímida vírgen que ni osa resistir las persuasiones de sus parientes en favor de un mal encarado y añoso cortejante, ni quiere darle al pie del altar el indisoluble *sí*. Chato se encargó de sacar de su letargo y amodorramiento al fiel de fechos.

—¿Y le parece á su merced, esclamó este modesto jóven tomando parte en el diálogo, le parece á su merced que se le puede vender á su excelencia gato por liebre? ¡No señor, mientras yo me halle aqui! ¿A qué es mi venida sino á decirle á su merced, como su merced mejor sabe, que dos pesos sencillos es el precio mas alto que ha tenido el trigo ogaño? ¿cómo se determina usted á tomar por él cerca de cuatro? ¿ni qué aceite ha valido en todo este año en Andalucía mas de catorce á diez y seis reales de vellon la arroba? ¿cómo ó por qué se determina usted á llevar por él mas del doble? Hágame su merced el favor de responderme.

La mirada que le dirigió el fiel de fe-

chos al hermano fue singular por estremo. El conocimiento práctico de los de su profesion es proverbial en España; y temió, no sin razon, el escribano haber hallado su par bajo aquella grosera túnica. Tosió por lo tanto, balbució algunas poco inteligibles razones, y determinó, en fin, sobornar á su antagonista, si tanto podia lograrse sin que advirtiese nada la abadesa á traves de sus grandes anteojos. Representó Chato su papel maravillosamente, penetró los pensamientos del hombre de justicia, y le hizo un guiño muy perceptible. Aunque no era fracmason el fiel de fechos, estaba medianamente impuesto en toda clase de señales é indicaciones místicas, y respondió sagacísimamente á la de Chato. Viendo éste que ya se le habia entendido, levantó la voz cual si lo acosara grandísimo enfado, y mandó en imperativo acento al hombre de la ley se quitase de delante de su excelencia, y volviese al otro dia con la respuesta definitiva. Cerró el orador su discurso con algunas flores re-

tóricas, lanzadas á media voz por respeto á la abadesa y á la urbanidad, tales como —¡Nora en tal el picaronazo! ¡Márchese, digo, el devora conventos! Nuestro escribano se marchó abatido y silencioso, mientras la abadesa dió gracias al astuto hermano por haber intervenido tan oportunamente, y libertádola de odiosas contestaciones.

—A estas gentes, dijo Chato con notable modestia, se les debe hablar en su idioma, el cual no es probable que pueda salir de tan delicados labios como los de vuecencia, que no pueden acomodarse á la práctica de palabras ásperas y vulgares.

En tanto que la abadesa, contenta bastante de la rectitud de ideas del Chato, desapareció con las dos niñas en las tinieblas de su mansion, comunicó éste á la portera la orden verbal de su superiora, y algunos minutos despues vino Isabel al locutorio. Estaba deseosísima, como puede imaginarse, de saber de Cárlos; pero la anterior esperiencia le habia ense-

ñado cautela, y recibió el pliego con aire indiferente. Cuando reconoció en el mensagero al mismo criado de librea que le dió la llave con que abrió su cárcel, adquirió mas confianza, y se retiró para contestar al billete.

Quedó Chato paseando por el locutorio, tan gozoso con el buen éxito de sus empresas como pudiera Scipion sobre las abatidas almenas de Cartago.—Para mí no hay imposibles, decia en su júbilo. ¿Pero qué se resiste al ingenio? De grande entendimiento me dotaron los cielos. Si fuera yo tan leido como discreto, no tendria yo igual en España. Aqui empezó Chato á reirse de la desairada figura del escribano. — ¡Qué pergeño! decia continuando sus cabilaciones. Su merced nació espresamente para que yo me holgara con él.

Sumergido en estas vanagloriosas reflexiones estaba el ánimo de Chato, cuando mecánicamente cogió del suelo un pedazo de papel bastante sucio que por él habia, fragmento de una rota epísto-

la. Le axaminó atentamente; y el diablo, que vela, y todo lo añasca y todo lo cuece, le puso en la cabeza un proyecto que desde luego calificó de famosísimo, provechoso y digno de su intelecto. Esperó impacientemente la carta de Isabel, se la puso en el bolsillo, y salió con velocísimo paso para la inmediata taberna. Mandó traer, ademas de vino, papel, tinta y pluma, escribió unos cuantos renglones, y se dirigió sin tardanza á la posada adonde concurrian generalmente las gentes de Aznarcollar. Preguntó por el señor escribano del dicho pueblo. — Número siete del corredor, á la izquierda, le contestó un mozo de mulas que andava descalzo en el patio. Un instante despues estaba Chato llamando á la puerta señalada con aquel dígito, y devotamente diciendo: — La gracia del Señor sea en esta casa. El escribano entreabrió la puerta con su cautela natural, y asomó un ojo para reconocer al visitante. Cuando vió al hermanito de marras, le saludó con una solemnísima bienvenida, y lo convi-

dó á pasar adelante. No se hizo de rogar Chato. Entró, se apoderó en silencio de una silla, dió con gran mesura tres golpecitos á una caja de cuerno (que sin perdon asi se llama) llena de tabaco rapé, tomó un polvo con notable lentitud y concierto, y con plena voz y bien entonado recitativo empezó asi:

—En verdad, en verdad, señor escribano, que debe usted de ser uno de los hombres mas necios que vivieron jamas de la pluma.

—¿Yo necio? preguntó con sorpresa el adulado escriba. ¿Y qué razones tiene su reverencia para saber si yo soy necio ú entendido, discreto ú mentecato?

—¿Pero no sabe su merced que yo, indigno pecador llamado Tristan Gonzalez en el mundo, y el hermano Tristan entre los mios, acabo de ser nombrado mayordomo de las nobles hermanas despues de la ganguita del señor administrador general?

—¿Pero qué ganguita es esa, preguntó mas que nunca confuso el fiel de

fechos, ni qué es de don Alonso de Vargas el antiguo administrador, ó por mejor decir, á qué viene todo eso?

—¿Con que no sabe usted nada en resumidas cuentas?

—Ni una palabra, padre Tristan, á fé mia.

—Pues señor, continuó Chato con la misma solemnidad, bien dice el proverbio: que no hay hombre sin hombre, y que de mala mata nunca buena caza, y que hay hombres que son todos matas y por rozar. Aqui para entre nosotros, ese don Alonso de Vargas era un pobre diablo. ¿A su merced qué le parece?

—Por supuesto, dijo el escribano, á ver en que paraba aquella barahunda.

—Pues á pesar de que tiene una cabeza de chorlito, como dice el refran cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento, por medio de la madre abadesa, del pariente en la corte y el primo ministro, le han dado un empleo en América, que hasta la alcuza la traerá de oro cuando vuelva; y á mí, que sé mas dur-

miendo que él despierto, como no tengo hombre, ya usted me entiende. Mayordomo de monjas pelado.

—Pues dígole á usted, esclamó con risueña faz el fiel de fechos, que andan buenas las cosas... trescientos veinte y cinco pesos fuertes, nueve reales y tres maravedises... deuda... del... pero, padre Tristan, ¿en poder de quién han quedado los papeles de don Alonso?

—No tema usted, señor escribano; todos los papeles han venido, como era regular, á mi poder. Vuestra merced sabe que yo le puedo hacer sudar la gota tan gorda con los tales papelitos; á lo menos asi me pareció al mirarlos por cima; ya me enteraré yo mas despacio. Sin embargo, en caso de que usted fuera un hombre de confianza, tratariamos entre nosotros estos negocios, de modo que no perdiera nadie, porque al fin á son de parientes busca que meriendes. Dicen por ahí las viejas: ¿Qué es un corregidor en los tres años? Es un don Sancho el Bravo en el primero, es un don Sancho Abar-

ca en el segundo, y es un don Sancho Panza en el tercero. Ahora bien, yo por mi parte trato de dispensarme del año de noviciado, y empezar de una vez con don Sancho Abarca, esto es, siempre que encuentre gente racional con quien tratar, y que usted, si ha de manejar asuntos conmigo, sea menos estúpido, y mas ducho y ojiabierto.

— Pues dígame, padre Tristan, y asi Dios le ayude, ¿de dónde colige y piensa que soy yo tan cerrado que no merezco el santo olio? Y desplegando luego las arrugas que como otras tantas zanjas y fosos le circuían los ojos, y plegando los labios en forma de bolsa estremeña de cuero, ó como si quisiera sonreirse: ¿Le parece á su reverencia de veras que tengo las muelas de corcho?

— Por este santo hábito, iba á decir juro, Dios me lo perdone, pero afirmo y declaro que tiene usted la muelas de manteca. Venga usted acá, santo; ¿á quién se le ocurre el ir á disputar con la excelentísima señora abadesa, aunque

tuviera usted mas razon que David cuando descalabró al gigante? ¿adónde halló usted al cabo de sus años y ejercicio que esa gente sufra contradicciones, y mas de un esqueleto como vuesa merced, con perdon sea dicho, parece? Y no contento con eso, se pone usted todavía erre que erre, y la mia encima á tanto mas cuanto, y si el trigo es bueno, y si el aceite no huele, cuando el tio Perucho Alforjas acababa de salir despues de haber revelado á su excelencia todo el busilis de ambos artículos y del precio corriente, con la esperanza de mamarse la parroquianía del convento. Por esta vez poco he podido yo hacer en el asunto, mal haya, amen, la disputa maldita que usted tuvo. Cada argumento le ha costado á usted media onza. La comunidad tiene derecho para exigir que se le devuelva todo su dinero, pues que ella devuelve todos sus artículos. Usted ofreció la mitad de la suma, con el laudable objeto de guardarse la otra mitad en la faltriquera. Aqui tengo la orden, con su re-

cibo al canto, para percibir la mitad que usted ofreció, en lugar del todo que pueden reclamar las madres. Usted ve la orden; aqui está. Pero me guardaré yo como de pecar de hacer uso de ella, ni de encargarme de un maravedí, sino partimos entre los dos la mitad restante. Ya ve usted que pido cosas razonables, porque no soy ningun judío. Si á usted no le acomoda, no tiene usted mas negocios que hacer con el convento mientras yo sea mayordomo de estas nobles madres. Sin embargo, en caso de que en todos los negocios posteriores quiera usted entrar por partir conmigo, tendremos manga ancha, y como dice el proverbio, el arroz, el pez y el pepino, nacen en agua y mueren en vino: usted obrará como le parezca.

Examinó el escribano escrupulosamente la orden y recibo, al fin del cual habia imitado Chato la firma de la abadesa, copiada del fragmento de carta que por acaso se encontró en el locutorio.

¡Ó maravilla! ¡ó prodigio inescruta-

ble! ¡ó parada del sol, fuente del desierto, y sequedad y camino del mar Bermejo! El escribano, el hombre de la justicia cayó en el garlito, y con sollozos, lágrimas y suspiros, contó sobre la mesa los pesos fuertes, que Chato trasladó friamente á su faltriquera, preguntando despues con admirable compostura: — ¿Quiere usted tenerme mañana por la mañana un buen almuerzo listo, pero cuidado que yo tengo buen diente, para eso de las nueve? Si asi lo hace, yo seré puntual, y trataremos sobre mesa de unas casas de aqui de la ciudad, y de ciertos olivares y viñas que quieren las madres sacar á subasta. Ya ve usted que el negocio promete si está bien manejado. Con que la paz de Dios en esta casa, y hasta mañana á las nueve.

Se acordó el escribano, con amargura de su ánima, de que le podia costar el almuerzo cerca de un duro. Pero deseando manifestarse abierto y generoso al principio, para poder despues mejor meterle al padre Tristan la mano hasta

el codo, contestó en la afirmativa con una reverencia, y salió Chato llevándose el alma del escribano de Aznarcollar, como el otro estudiante la del licenciado Pedro García.

Cuanto se vió Chato en la calle se dirigió ligerísimamente á una antigua huronera muy famosa entre las gentes de su especie. Allí dejó los vestidos fraileros, y disfrazándose de otro modo, marchó paso entre paso, sin que hubiera podido conocerlo su misma madre, hácia la quinta del señor Grañina.

CAPITULO IV.

Item: vista la ridícula figura de los criados cuando dan á beber á sus señores, haciendo el coliseo, el guineo, inclinando con notable peligro y asco todo el cuerpo demasiado; y que siendo mudos de boca son habladores de pies, de puro hacer desairadas reverencias: declaramos sea eso tenido por descortesía é irreverencia. Y mandamos á todos los criados que de aqui adelante hicieren semejantes servicios y cortesías, que en pago de eso les den la comida medio comida, y queden de puro hacer reverencias mas corcovados que el diablo que traía sastres al infierno.

Quevedo.

—¡Las nueve de la mañana! esclamó el fiel de fechos en el dia memorable del almuerzo, al tiempo que en una estupenda máquina que ocupaba el rincon mas claro de su cuarto se abrió una puertecita por la parte superior, y salió repentinamente la imitacion, efigie ó simulacro flamenco de un pájaro, y cantó

nueve veces *cu-cu.* — Las nueve de la mañana, repitió el notario, arrancando un profundo suspiro del pecho al contemplar los espléndidos preparativos que ya ocupaban la mesa, y al calcular cuánto se hubiera ahorrado á no ser por su amistad con el nuevo administrador. Tenia nuestro escribano la desventurada costumbre de calcular todos sus dispendios en maravedises, y en onzas de oro sus ingresos. Recibia por ejemplo seiscientos reales. — ¡Qué negocio! ¡Menos de dos onzas me ha valido, decia, despues de tanto trabajo. Tenia que pagar ciento.—¡No es nada lo del ojo! esclamaba. ¡Tres mil y cuatrocientos maravedises por esa friolera! Asi, era para él cada cuenta una pesadumbre. — Dos botellas de vino, asi ajustaba el almuerzo; ¡mal fin tenga la sed de estos hermanucos que se beberian una noria! Dos botellas á ciento y dos maravedises pieza, doscientos y cuatro. Por estos platazos, llenos de jamon y huevos hasta los bordes, que el verlos es glotonería y pecado mortal,

no pedirá menos el ladronazo del ventero de ciento y cincuenta maravedises por barba; ya tenemos otros trescientos. ¡Echa largo, que á fé que otro paga! Veinte y cinco maravedises lo menos el pan, si no son veinte y seis, y de cuarenta y tres á cuarenta y cuatro por la fruta, quinientos setenta y tres maravedises. ¡El Señor nos favorezca y nos dé su gracia! ¡Y despues del desembolso de ayer! ¡San Cristóval nos dé sus fuerzas! ¡Antonio! ¡Antoñillo! ¡Antonio! continuó gritando el escribano con toda su potencia pulmonaria. ¡Antoñillo! ¡Aqui, hombre! ¿De qué diablos tienes hechos los oidos, que no parecen sino de mercader? Ven acá, hombre de Dios. Mira: llévate ese jamon á la cocina y ponlo cerca del fueguecito. Su reverencia se va tardando, y es lástima que se enfrie. Y mira... ¡Antoñillo! mira que no te vayas á comer ninguna tajada por la escalera, que bien contadas las tengo. Nueve de las grandes, y estos dos pellejillos, que quizás tu amo me querria hacer pagar

sin temor de Dios ni conciencia por tajadas enteras. Pero sobre eso ya nos veremos las caras, que no soy yo ningun papanatas. Mira ¡Antoñuelo! pon á refrescar el vino y la fruta, y lárgate... Pero mira... Aunque mejor será luego. Dos maravedises te daré para tí voluntariamente, pero cuidado que no toques á las tajadas.

Ya hacia rato que estaba Antonio cantando en la cocina las hazañas, vida, muerte y honras funerales de Malbourough, llamado Mambrú por nosotros, la vijía y lágrimas de su dama, y el luto de su page, y aun seguia el escribano dando órdenes. Viendo empero que nadie le contestaba, miró á la puerta, se vió solo, y empezó á dar impacientes vueltas por el cuarto. De cuando en cuando miraba al reloj y se le afligia el ánima. Asi estuvo largo rato, hasta que vino á sacarlo de la malhadada cabilacion y enfado del que espera una de aquellas agradables visiones que suelen dorar futuro, aun dentro de las mas taci-

turnas cabezas. — Supongamos, decia entre sí, que sin mas ni mas, ni hablar palabra, ni darme por entendido, me llevo yo ese detestable trigo y aceite al lugar, y lo pongo de *ipso facto* en los graneros del concejo. Pasan dias, y pido yo al pueblo el reembolso de lo que he desembolsado ayer. ¿Quién podrá negármelo? ¿Quién podrá probarme á mí, cuando yo mezcle los artículos, que aquel trigo no era el del pueblo, ó que antes habia sido mio? Buena ocasion tengo, ademas, ahora que va á mudarse el alcalde. Si nombran al que se piensa, ya sé yo que no le sabe mal un regalillo y pasa por todo. El osífero y velludo índice de la diestra del notario ascendió en esto al tétrico semblante, y se puso sobre los labios como para evitar que se escapasen y alguien *oyese* sus pensamientos, y se divulgara secreto de tanta importancia. En aquella postura misteriosa siguió combinando designios é intenciones, pero con atropelladas ideas, como suelen ser las de los que temen una sor-

presa, hasta que volviéndose á la puerta echó dos cerrojos y la llave, y continuó en paz sus planes.—Supongamos que le digo al futuro alcalde que por el bien del pueblo hice yo de mi peculio el adelanto del dineral que pagué ayer, y que aunque exijo su devolucion con los intereses legales, pues al fin yo soy un pobre y tengo familia, sin embargo, atendidas las circunstancias del pueblo no pido que se me pague en metálico, y me contentaré con un equivalente de la miel y cera del año pasado. ¡Pues no es cosa á cómo se venderán la miel y la cera en cuanto refresque el tiempo!

En este período de la hipótesis el maligno pájaro del reloj salió á deshora de su casilla, y mientras el fiel de fechos levantaba piedra sobre piedra en aquella su estructura suntuosa, cantó el ave diez veces su lúgubre *cu-cu*, y el castillo del escribano vino á tierra, como las murallas de Jericó al sonido de las trompetas israelitas.—¡Las diez ya de la mañana! esclamó desconsoladísimo desde las

profundas cavidades de su pecho, y mirando con clavada vista la trémula manilla de la esfera. — Mucho me temo ¡ay de mí! que su reverencia me deje en el garlito. ¿Y qué haré yo, en el nombre de todos los santos, de ese espantoso almuerzo, bastante para saciar una gañanía entera ó una compañía de la legua? ¡Antonio! ¡Antoñillo! ¡Aqui, hombre de Dios! ¡Con mas orejas que un mulo y no oye gota! Hombre, Antoñuelo, para decirte la verdad, yo no necesito del almuerzo. ¿No sería mejor que se lo dieras á otro huésped? ¿Qué te parece, Antoñillo?

— A mí me parece que sería mejor que yo, que soy un pobre, me lo comiera, dijo Antoñuelo con mucha modestia.

— Hombre, Antoñuelo, lo que es por mí yo no tengo reparo. Cómaselo quien quiera, con tal de que no sea yo quien lo pague. ¿Me entiendes, Antoñuelo?

— Y tanto como le entiendo á su merced. Pero como asi, como asi, tiene

ya que pagar el almuerzo, y su merced no come nada por las mañanas, cuánto mas vale que gocen de él los pobres criados que no echárselo á los perros.

—¿A los perros? ¡A los demonios! Picaronazo, bribonzuelo, gritó el escribano hecho ya una furia. No pagaré yo ni un maravedí por lo que yo no consumo.

Entonces se encendió una disputa, que duró hasta que el pájaro estaba ya preparándose para cantar el undécimo *cu-cu*. La contienda se decidió contra el fiel de fechos, que cansado y ronco, la abondonó diciendo, que antes quería que le defraudasen de su propiedad con socaliñas, y que lo engañase todo el mundo, que tener disputa alguna con los mozos de las ventas. —Tráeme al instante el almuerzo, concluyó; quiere decir que lo convertiré en comida; un dia malo cualquiera lo pasa.

Pronunciando copiosas, aunque bajas maldiciones contra "el roñoso del esqueleto," como él le llamaba, trajo An-

tonio otra vez las tajadas, cuyo tamaño, disminuido por el fuego, lanzó afliccion y amargura en el corazon del fiel de fechos. Resuelto empero, como dignísimo y profundo filósofo, á sacar partido de sus desgracias, empezó á comer y á beber con prodigiosa vehemencia. Aunque frugal y parco habitualmente en otras ocasiones, no le cedia el escribano el laurel gástrico á bicho viviente. Era voraz cuando salia, por decirlo asi, de madre, respecto á la cantidad, tanto como á la calidad de las viandas y al brevísimo tiempo en que las despachaba. Se manifestaba, pues, tan hombre, cuando no era á sus espensas el convite, segun aquello de

Sabe á acibar la perdiz
Que para comerla compro:
Pero si me lo presentan
Sabe á perdiz cuanto como.

En el caso de que hablamos, decidido á reventar antes que sobre, no dejó un migajon de pan, ni una gota de vi-

no, ni un átomo de jamon; y en fin, para hacerle justicia, aunque era suyo el convite se portó como un cosaco.

Satisfecho, contento y repleto en insólito grado, salió de su guarida el escribano, de tan buen humor, respectivamente hablando, que se sentia el hombre interno cambiado como por mágica, y el esterno fiel de fechos veinte años mas jóven. Todos los objetos resplandecian á sus ojos con nuevo lustre; andava mas velozmente que de ordinario; se creía allá en sus adentros una especie de Juan sin cuidados, y se puso tan gracioso y decidor, tan chusco y tan calavera, que viendo una hermosa personita del otro sexo volver la esquina de una calle, suavizó cuanto pudo las arrugas de la frente, dejó suelta y campeándole sobre los labios la aparicion, espíritu ó fantasma de una sonrisa, meneó la cabeza con sagacidad esquisita como quien da á entender un requiebro, y se cuadró al frente cual en los casos árduos solia. Sonrióse la hechicera paseanta, acortó el

paso, derramó otro escrúpulo de risa el escribano, y siguió su camino sin decir una palabra. En fin, para no molestar al advertido lector con prolijos pormenores, tantas travesuras hizo el fiel de fechos antes de llegar al convento de madres nobles, que cualquiera hubiera creido que iba alegrísimo de veras. ¡Cuán gozosa hubiera quedado madama su esposa, *vervi gratia*, si hubiese visto á su cara mitad tan despilfarrada por aquellas calles, tan amorosa y tan traviesa!

Sucede con frecuencia que un hombre de bien y de buenas intenciones no goza de buena opinion en el injusto público, ó en la opinion de algunos particulares. En este predicamento se hallaba nuestro escribano respecto á la abadesa de nobles á quien acababa de presentarse. Sospechaba la prelada que fuese el fiel de fechos hombre de mezquino ánimo, incomparable bribonazo, y privado hasta de hipocresía con que velar su maldad. La señora, empero, condescendió en bajar al locutorio y oir sus esposi-

ciones, prévia y firmemente resuelta á no dejarse persuadir por argumento alguno, ni salir de los términos primitivos de su dilema; á saber: "O devuelve usted la suma que del convento ha recibido, ó se le hará comparecer ante los tribunales." Los oidos del buen escribano recibieron por salutacion estas palabras, y sus ojos observaron al tiempo mismo ¡oh maravilla! que las rejas de hierro se levantaron del suelo, y empezaron á pasearse magestuosamente por el cuarto, con la abadesa detras de ellas, y el crucifijo y el altar enfrente. El alegre escribano habia por malaventura parádose á fumar un cigarro y beber una gota de aguardiente en una taberna cerca del convento. Aqui se ve que cuando el hombre está de gresca no hay sino echar la casa por la ventana. Ahora bien, los humos del vino mezclados en justa proporcion con los del tabaco, y operando en una sola cabeza, harian no solo dar vueltas á un locutorio, sino bailar un zapateado á una iglesia con su campana-

rio, á la torre de Babel, ó á las pirámides de Egipto. ¿Qué tenia, pues, de particular que se columpiase la sala con las rejas á la vista del escribano? — El trigo, dijo dando traspieses con las razones, se le enviaré yo á vuecencia por la mitad del precio, por el décimo del precio, por todo el aceite, tamaño como huevos.

Estos ofrecimientos generosos fueron interrumpidos por la abadesa con la concisa pregunta:—¿Se servirá usted escucharme?

El escribano quedó mudo como por instinto.

Asi continuó la dama: — ¿Qué ha decidido usted respecto á lo que le dije ayer?

El fiel de fechos empezó á cantarle á la abadesa una tirana; pero acordándose súbitamente de dónde estaba y cómo, respondió áspera y bruscamente:— Sí señora. Ya está todo arreglado, y satisfecho el nuevo administrador.

— ¿Satisfecho quién? preguntó la abadesa.

—El hermano Tristan Gonzalez. No ha escogido vuecencia mala pieza para mayordomo. Un punto mas que el diablo sabe el tal padre Tristan. Pero ¡qué ganguita la de don Alonso de Vargas! Ya se ve, eso es tener el padre alcalde. ¡Hasta la alcuza me dijo el hermano Tristan que habia de traer de oro! ¡Qué ganguita!... Ay tirana, tirana, tirana...

Las últimas palabras cantadas de falsete nasal en el tono de *sí*.

—No tengo mas tiempo que perder, señor mio, esclamó la abadesa, poquísimo contenta con aquel repentino concierto. Usted no se halla en estado de conversar con damas. No entiendo lo que usted dice de Vargas el mayordomo, y solo sé que esta mañana aun no le habia visto á usted. Quizá ha venido usted espresamente á insultarme. Usted se arrepentirá de tratar asi á gente de nuestro rango.

Con estas palabras, y una actitud superlativamente aristocrática de labios y cuello, le volvió la abadesa la espalda, y desapareció en la oscuridad.

Un rayo de desnuda y amarga verdad penetró en el ánimo del escribano á traves de los vapores víneos. Puso ambas manos en las faltriqueras, y las pasó rápidamente por todos los dobleces del vestido, esclamando frenético y como fuera de sí:—¡Vírgen Santísima! ¿Adónde está el recibo? ¿Adónde está mi recibo? Y por su recibo bramaba como Shylock por sus ducados. Salió del convento aguijado por cierto miedo interno que le traspasaba el alma, pensando que se habria tal vez fumado aquel importante documento en la taberna del aguardiente. Esta aprension disipó las influencias del vino. En un tris estaba en la taberna. Clavó los ojos con vehemente agonía en el rincon adonde tomó el aguardiente, y entre dos ó tres puntillas que habia por el suelo recogió una, en cuyo papel quedaban aun dos letras medio quemadas del nombre de la abadesa.

Una ansiedad devoradora le hizo salir frenético de la taberna con el pedacillo de papel en la mano izquierda, y en

el corazon la esperanza de que sería aquello sueño, y de que tendria en la posada el recibo. Corria desenfrenadamente como si en efecto fuese disparado de culebrina ó mortero. Al volver una esquina dejó caer á cierta peregrina damisela, que no esperaba tan súbita ni cerrada coalicion con el fiel de fechos. El caballerete que á guisa de cortejo acompañaba á la damisela creyó que el hecho se habia perpetrado intencionalmente, y desnudando la espada fijó sobre las costillas y lomos del escribano los seis mas oscuros cardenales que jamas nacieron de hoja toledana. Esto ya hubiera sido demasiado para la paciencia de un Epicteto. Víctima de su propia vivacidad se tendió el escribano por tierra; se mesó los cabellos arrancándose muchos; se golpeó él mismo la cara, bañándose en sangre las encías; levantóse de nuevo, y entró en la posada llorando como un niño. Aun esperaba hallar su recibo; pero ¡ay! que se habia fumado él una parte y otra consumídola el fuego de la hornilla adon-

de le arrojó el tabernero, y es propiedad de todo recibo no volver á parecer despues que una vez se ha quemado.

Cuando el escribano llegó á convencerse del todo de que ya no habia recibo, ni esperanza de que le hubiese, se arrojó á su lecho casi deseando no levantarse mas. El sol del otro dia le halló aun en cama, y el mas infeliz de todos los mortales. Sus brazos, rostro y espaldas estaban todos sellados por la furiosa espada del desconocido caballero del dia anterior. La afliccion y el dolor le consumian. Aunque triste, casi desesperado, y tan tierno de carnes que apenas podia moverse, se puso su vestido negro alimosquino, y salió para el convento de las nobles hermanas; pero halló inflexible á la abadesa. Habia ya una orden para apoderarse de su persona. No se dignó la dama escuchar razones ni escusas que consideraba meros sueños improbables de un beodo. Al fin, para evitar mayores males, si mayor mal hay que pagar dineros, tuvo el escribano que

devolver la suma total de maravedises que por sus desmejorados productos habia recibido el pueblo de Aznarcollar. Tan grande sacrificio tuvo que hacer, sin el gusto siquiera de que diese nadie crédito á la historia de sus aventuras, ni quisiese nadie oirla. En la calma aparente de la desesperacion se sentó el escribano en el suelo en un rincon del locutorio, junto á la reja, resuelto á llorar alli su dinero, en el punto mismo adonde le habia perdido, adonde le vió por última vez. Semejante en su dolor fue el fiel de fechos á la amorosa tortolilla que alza la dolorida voz sobre el mismo ciprés á cuyo pie yace su amante.

CAPITULO V.

Tras breves ruegos y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso:
Mas un desden celoso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

Jáuregui.

"Cuando veo desmoronarse, dice un filósofo moderno, los sepulcros de los reyes junto á los de aquellos que los destronaron, ¡con cuánta vehemencia siento la futileza de la ambicion humana, la vanidad de los designios de los hombres!" Tambien la esperiencia comun nos enseña que los objetos de los humanos deseos son, generalmente, de poco va-

lor intrínseco. ¿Por qué nos prometemos, pues, pura felicidad al cumplirse cualquiera de nuestros grandes proyectos, cuando debieramos recordar que el buen éxito de nuestras empresas anteriores nunca nos produjo la ventura que por él anticipábamos? Quizá esta ilusion placentera nace del perpetuo cambio de nuestras circunstancias, que nos hace esperar que los agentes que emponzoñaron nuestros pasados triunfos no obren en el caso presente; ó tal vez nos acordamos, á pesar del desconsuelo unido del *sentimentalismo* reciente y de la antigua filosofia, de que hemos sido, á lo menos, parcialmente felices en la realizacion de nuestros deseos. El cansado viajero que descubre una hermosa y dilatada selva en los confines del horizonte, no hallará al llegar á ella las áureas nebulosidades, las ricas vislumbres y espléndidos matices que deleitaron su vision desde lejos; solo verá tierras quebradas, carcomidos troncos y desigual follage; mas no le faltará sin embargo un arroyo en

que apagar su sed, ni una encopada encina que le dé sombra y frescura.

Perdonemos, pues, á nuestro héroe si en el entusiasmo de su júbilo pensó asegurarse felicidad suprema en la posesion de Isabel. Estaba en la víspera de su himeneo. Su bondadoso tutor, aunque adverso al principio á que se verificase aquella prematura alianza, cedió al fin á las instancias de su discípulo, y aun le prometió que vendria á Sevilla á bendecir al pie del altar á los esposos. Se fijó el dia, y se concertó para ello que el señor de Grañina enviaria su coche á la granja por Cárlos, y ambos, acompañados del cura de Aznarcollar, irian por Isabel al convento de las damas nobles, en el cual se celebraria reservadamente el deseado sacramento. Los esposos partirian luego en un coche de colleras ya preparado y con buena escolta de miqueletes, y se dirigirian á Portugal.

Ya hemos dicho que era la víspera del dia señalado para la boda. Estaba

Cárlos sentado á una mesa de su cuarto con una pluma en la mano, para disimular con los demas, y tal vez consigo mismo, que no estaba haciendo nada, sino embebecido en dulces pensamientos y anticipaciones del siguiente dia, cuando se sintió á deshora asir los brazos por unos soldados, que dirigidos en numerosa banda por dos ó tres alguaciles de Sevilla, entraron silenciosa y cautamente en la casa para apresarlo. La buena ejecucion de la sorpresa quitó toda posibilidad de resistirse. Inmediatamente cargaron á Cárlos de grillos y esposas, le metieron en un coche y le condugeron á la cárcel.

El peligro de la vida, aunque penosísimo para el que le sufre, le despreciarian los amantes sino envolviese la pérdida del adorado objeto. El corazon de Cárlos se quebraba con este pensamiento al acercarse de nuevo á la cárcel de Sevilla. Justamente al instante mismo de tener en la mano la copa de la felicidad... El ignorar quién le habia dirigi-

do tan cruel golpe, aumentaba infinitamente su mortificacion y abatimiento.— Es posible, pensaba, que tal sea la bajeza de los hombres, que en el pequeño círculo de los que sabian mi morada haya habido un traidor? No puedo sospechar del Chato, no obstante sus malas cualidades... Los campucinos aquellos ni mi nombre sabian siquiera... ¿Quién podrá ser el malvado? Las dudas de Cárlos se disiparon muchos meses despues al saber la siguiente historia.

Cuando el fiel de fechos de Aznarcollar se sentó, como hemos dicho, en el suelo del locutorio, no dió vado á su desesperacion desgarrándose los vestidos, sino que al contrario, se envolvió y acurrucó en ellos, embozándose hasta los ojos, y encajándose el sombrero hasta la nariz. En esta guisa ocupó sollozando el rincon del locutorio adonde le dejamos en el último capítulo. Se acomodó la barba entre las rodillas, y llenó de tristeza su mente, como si esperase que por tales medios volveria parte

de su dinero á traves de las rejas, ó lo que es mas probable, que el falso hermano Tristan se apareciese de nuevo. Chato entró por acaso pocos instantes despues, pero ni vió al escribano, ni le reconoció éste en su nuevo disfraz.

Bajó Isabel á la reja, y no tan pronto abrió los labios para responder al mensage verbal de Cárlos, cuando su voz hirió el vivo y estimulado tímpano del fiel de fechos con una vibracion tan conocida que le hizo alargar el cuello como dos tercias para ver á su sabor á la nueva monja. Escuchó atentamente sus acentos, la vió entregar una carta sellada, y quedó convencido de que era aquella monja la misma Isabel. Recogió de nuevo la cabeza, y se puso á pensar acerca de lo cierto ó falso de aquel proverbio que dice, por el hilo se saca el ovillo. Sacó los ojos del embozo, y tuvo el gusto de ver la espalda de Chato desde lejos, y á la izquierda una forma blanca desvaneciéndose detras de las rejas. Se puso en pie de seguida, y siguió recata-

damente á Chato, escondiéndose detras de las esquinas de las calles en la ciudad, y detras de los árboles en el campo. Asi llegó, no sin fatiga, á ver la entrada del mensagero en la quinta del señor de Graña. Se ocultó en una arboleda que enfrente de ella habia, y permaneció con eficaz paciencia escondido hasta haber visto al traves de una ventana al mismo Cárlos hablando con Chato. Un frígido escalofrio le pasó por el cuerpo. Al caer de la tarde, cuando ya no habia por alli gente, salió de la arboleda, y examinó bien las avenidas, contentísimo de tener en quien descargar su esplin, y no olvidado aun de cierta capa de grana y de ciertos jaspeados cardenales, perdida la una, grabados los otros sobre el cuero. Se fue á la ciudad, alimentando su ánimo en el camino con la venganza. Se presentó á los magistrados, y les reveló lo que habia visto de Cárlos; con el proviso, empero, de que no apareciese en el espediente su nombre, para evitar que los compañeros de aquel de-

sesperado no le volviesen la declaracion á las costillas. Un destacamento de soldados y ministriles salió en consecuencia á prender al malhechor.

CAPITULO VI.

Digo que no ha de haber aqui mas casamientos: los que ya estan casados vivirán todos menos uno; los demas que se mantengan como estan. ¡Fuera! ¡A un convento de monjas!

Shakespeare.

Desde el profundo centro de sus cabalas y complicadas intrigas políticas no podian los alquimistas olvidar la inesperada fuga de Isabel. Habian efectuado sin éxito alguno el mas severo escrutinio en su casa, y examinado reservadamente á cuantos individuos podian por acaso tener parte en aquella transacion. Vacilaban sus sospechas sin objeto fijo, y constantemente tenian en el ánimo la penosa memoria de que habia un desconocido traidor entre ellos que podria en adelante divulgar su secreto. Algo mas que su orgullo y su puntillo se habia comprometido con la pérdida de Isabel. Tenian cal-

culadas los alquimistas, con su escrupulosidad acostumbrada, las ventajas que podrian derivar en las conmociones que se esperaban de los atractivos de una romántica belleza. Hubieran agotado gustosos sus tesoros por descubrir la mano que rompió sus cadenas; pero no se hallaba esta en la casa.

Para obviar las contínuas dificultades de su correspondencia con Tragalobos, le habian los alquimistas pedido un hombre de constancia, que, bajo la direccion de Pistaccio, condugese sus órdenes y mensages al dicho patriarca de los bandidos. Chato fue el elegido para este empleo, y se presentó en la casa de los alquimistas bien amaestrado por Tragalabos acerca del modo de representar el papel del Buen Juan entre ellos, haciendo lo posible por adquirir la confianza de aquellos muy respetados señores, de modo que pudiese Tragalobos saber de sus secretos un poquito mas de los que ellos hubieran deseado. Por medio de este jovencito supo Tragalobos la detencion de Isabel en su casa,

y otros asuntos no relativos á esta historia. Para que nadie pudiese por acaso reconocer á Chato en Sevilla, se le puso una librea que cambiaba frecuentemente con disfraces de muchos géneros, y asi manejaba los negecios que le estaban encomendados con mucha sagacidad y prudencia. Un dia que fue á la cueva de Tragalobos á llevar una bolsa de oro de parte de los alquimistas, encontró al baratero acompañado de Alberto, que con toda su elocuencia defendia la causa de Isabel. Cuando volvió á la casa de los alquimistas, venia ya resuelto á trabajar como pudiera en favor de la hermosa reclusa y del noble caballero don Cárlos. El general Landesa estaba por aquel tiempo resuelto á efectuar el rapto de la misma señorita, para lo cual, ayudado de Pistaccio, habia adquirido las llaves que conducian á su apartamento. Fingian los alquimistas ignorar estas maquinaciones, y Pistaccio suplicaba al general, tres veces cada dia, que no lo comprometiese con ninguna imprudencia. El general Lande-

sa lé daba tres seguridades diarias de su secreto, y persuadido no obstante de que todo aquello era engaño y tortuosa política, y de que todos los alquimistas sabian tan bien como él sus planes y sus designios, condescendia en someterse á aquellas fórmulas, contento de que solo eso se le exigiese por el rescate de la cautiva. Chato habia tenido el arte de congraciarse con cuantas personas habia en la casa, y especialmente con Pistaccio y con el general. Estaba oculto en un cuarto una noche, cen el designio de imprimir en cera el agujero de una llave, cuando oyó al general esclamar en el descenso de la escalera de mano, si era lo que habia visto aviso del cielo; á lo que respondió con un ruidoso *sí*, que casi precipitara á nuestro general de su eminente puesto. Con el auxilio de llaves falsas condujo Chato á Cárlos á las catacumbas del modo que ya se ha esplicado.

A la noche siguiente, cuando llegó la hora señalada por el general para repetir su visita á Isabel, mandó á Chato que

le acompañase como la noche antes, junto con un portero de la casa, de aceda y beata fisonomía, el cual, por disposicion de Pistaccio, representaba el papel de un hombre sobornado por el general. Tenia este portero demasiada rigidez é hipocresía para hacer migas con Chato, quien no podia verlo ni pintado. El general entró en el apartamento llamando á Isabel con muy modulada voz, y adelantándose al ver que no le contestaba. Como estuviese la estancia muy oscura, le dijó Chato al portero de modo que el general lo oyese: —¡Adelante, majadero! ¿Por qué no alumbras á su excelencia con esa linterna? Le miró de reojo el portero, que no estaba acostumbrado á que nadie le hablase de tú, ni á sufrir ásperas palabras de nadie. Se adelantó, sin embargo, esclamando entre dientes: —¡Se habrá visto pelgar!

Notó el general Landesa la mala gana con que se movia el portero. Yá habia recorrido todo el cuarto. Volvió hácia donde estaban los dos acompañan-

tes, desnudó la espada, y preguntó al de la linterna por Isabel. Respondió el portero, con sincerísima sorpresa, que no lo sabia, aunque las llaves todas de la casa estaban colgadas de su cintura. Esta ignorancia le proporcionó cuatro ó cinco desaforados espaldarazos de la tizona del general, de modo que quedó armado lo mas caballero del mundo. En esto vino la vez de Chato. Le preguntó el general por Isabel, dirigiéndole la punta de la espada.

— Vuecencia se acordará, pues no hace un siglo, dijo Chato con la mayor sencillez y sangre fria, que ya era tardecito anoche cuando yo volví del campo con un recado para vuecencia. Quizá eran ya las doce. Vinimos aqui de seguida, y aqui estaba la niña melindrosa. Nos volvimos á ir. Yo desde entonces acá no me he separado, como quien dice, de la vista de vuecencia. ¿Cómo he de saber yo ni poder imaginarme qué diablos ha sido de ella?

— Los alquimistas, vociferaba el general al hombre de las llaves, me pagarán muy cara esta chanza. ¡Por Dios que

yo les enseñe que ni soy un niño ni un necio! Lo cierto es que de aqui ha salido; y usted, hipócrita y pillastron, ha de saber cómo y cuándo.

La espada del general cayó otra vez por via de interrogacion sobre los malhadados lomos del portero, á quien dejó en el suelo sin sentido. Chato tomó la linterna y alumbró á su excelencia hasta la habitacion de Pistaccio. Afortunadamente para él estaba entonces con los alquimistas, ante cuyas sabidurías se presentó el general como un maniático. Nuestros señores se quedaron del color de la cera al recibir la estraña noticia de la fuga de Isabel de los espumosos labios del general. Ambas partes se miraron sospechosamente, hubo ofensivas insinuaciones, pasaron á insultos, y en pocos instantes no parecia sino que habia entrado en la biblioteca una legion de demonios. El general se marchó bruscamente, jurando venganza contra los alquimistas; estos, por su parte, quedaron con el mismo sentimiento.

Cuando por la prision de Cárlos y las vociferaciones del escribano de Aznarcollar se descubrió al fin el asilo de Isabel, general y alquimistas quedaron mutuamente penetrados de que no habia habido fraude en ninguna de las partes; ambas apologizaron, y se efectuó su reconciliacion.

Era amigo íntimo de uno de los alquimistas el director espiritual de la abadesa en cuyo convento residia Isabel. Por éste y otros medios tenian bastante influencia con la dicha señora, y no perdian ocasion de insinuarle cuán útil sería persuadir á la huéspeda á tomar el velo. Asi querian prevenir la posibilidad de que quedase Isabel libre, y pudiese hablar de su detencion en la casa de los alquimistas. Era el dicho director espiritual de la abadesa varon de severas, justas y cristianas virtudes, y aunque no se escusaba de persuadir buenamente á una jóven desamparada á abrazar la vida monástica, hubiera resistido hasta lo sumo violentar su voluntad, ni valerse de

la opresion; ni abusar de ningun modo de su ministerio. Conocian los alquimistas la caridad y pecho evangélico de este digno sacerdote; se acordaban del mucho ánimo que en su prévia conducta habia manifestado Isabel, y temian que no pudiese la noble abadesa por sí sola persuadirla á abrazar la vida monástica sin la ayuda de su confesor.

Estaba en efecto, y para hablar sin rebozo, sobrecogido de tan grande pánico nuestro Pedro Facundo al acordarse de lo que podria decir de él y de sus secuaces la jóven cuya fuga aun se ignoraba cómo habia sido, que el santuario de las mismas monjas le parecia poco suficiente para guardar un secreto tan peligroso para la reputacion alquimística. En consecuencia de este espanto y aprension contínua, convino con su colega Pedro Gonzaga hacer un esfuerzo para trasladar á Isibel al santo tribunal de la inquisicion. Si pudieran lograr tan gran proyecto, aun cuando Isabel saliera libre y justificada el sello de infamia que dejaba tras sí una

causa inquisitorial mancillaria de tal modo su carácter, que no tendrian peso ni crédito alguno sus palabras. Tambien tenian relaciones con el inquisidor mayor de la provincia, y podian contar con que no alcanzaria Isabel ningun grande triunfo una vez acusada en forma. El hacerle cometer alguna accion herética, ó que lo pareciera, era el deseo entonces de los alquimistas, y habian pasado muchas horas de vigilia antes de hallar un modo satisfactorio de conseguirlo.

Permítasenos hacer aqui una corta digresion independiente del carácter divino de la religion cristiana, segun felizmente se profesa en nuestro pais y en otros de Europa; y considerada solo en sus efectos materiales y palpables, habrá que confesar, sopena de descreer la historia y los hechos mejor comprobados, que no han gozado jamas los hombres de institucion mas sublime, benéfica y consoladora. Si admirados y bendecidos ya los preciosos frutos que ha dado el mundo, se pasan á examinar sus dogmas y principios, ha-

llará el ánimo nuevas fuentes de pureza celestial en que hechizarse. Si contempla las páginas del martirologio cristiano, las vidas de los anacoretas, las de innumerables doctos y santos sacerdotes de todos los siglos y de todas las naciones, hallará mayor y mas alto y desinteresado heroismo que en los decantados fastos profanos de Roma, ni de los pueblos antiguos ni modernos. No es nuestro ánimo, pues, al pintar las desarregladas costumbres de un mal religioso, ni el abuso que hace de su ministerio, indicar del modo mas remoto alguna idea irreverente hácia la religion ni hácia ninguno de ambos cleros, cuya piedad íntimamente veneramos. Solo hemos querido hacer el natural contraste entre los defectos de éste y y las virtudes religiosas que segun nuestras cortas luces hemos pintado é iremos pintando en otros eclesiásticos que tienen parte en esta narrativa.

Para practicar, pues, su proyecto Pedro Facundo, llamó á Sevilla al padre Narciso, aquel á quien en un momento

de precipitacion habia Cárlos herido. Este buen hombre, cuyo aborrecimiento hácia nuestro héroe y su bien amada puede con facilidad imaginarse, habia pasado muchos años al servicio de los alquimistas. No era grande favorito de sus secretos señores, á causa de cierta tendencia que naturalmente tenia el reverendo de obrar por sí y para sí cuando quiera que le venia la ocasion á las manos. A pesar de eso, era uno de los mejores muelles que tenian los alquimistas en sus máquinas, tanto por la intimidad de sus relaciones con gente libre y activa, como por su acreditada astucia, su valor y su arrojo. Cubria el reverendo estas cualidades con una grosera, aunque generalmente eficaz hipocresía. Su ánimo, asi como sus modales, eran ordinarios, y no habia que temer que vanos escrúpulos ni melindres le hiciesen desistir de ninguna de aquellas empresas, ante las cuales hubieran vacilado los de refinada intriga, Facundo y compañeros. Estos enteraron al tremendo fraile de su mision, man-

dándole fuese á verse con la abadesa de nobles.

Habia conservado la dama á que nos referimos, siempre, y al traves de todas sus aventuras mundanas, cantidad crecida de supersticion, su parte no escasa de orgullo, y una porcion perceptible de mogigatería; era por lo tanto amiga peligrosa y temible enemiga. No amaba la abadesa la sociedad de Isabel estraordinariamente, ni era de esperar que una viuda de su genio y años admirase con sinceridad á una muchacha tan hermosa é interesante como Isabel. Tenemos los españoles, entre otras gracias, la de poner apodos á todas las virtudes y á todas las buenas prendas, como si fuesen nuestras enemigas irreconciliables, honrando á los vicios con altos y halagüeños epitetos. Si un hombre es valiente, decimos de él que es pendenciero y vano, y que se tiene en mucho; si generoso, le llamamos despilfarrado; al de carácter sencillo y franco le decimos bobo; á la muger hermosa, sin aguardar á que incurra en desliz

alguno, se califica de coqueta en nuestros dias, de libre, ligera y loca en los antiguos; por el contrario, si desnudo de todo sentimiento de honor, de todo decoro y dignidad personal, á costa de inmundas adulaciones y vergonzosas bajezas, logra un malvado un empleo en que puede robar el tesoro público, y enriquecerse del sudor de los que pagan las contribuciones, se dice de él que es hombre de mucho mundo, y que sabe mas que las culebras, pero en buen sentido. Mas... perdone el lector que se nos vaya la pluma, y que pasemos de historiadores á moralistas. Nuestro ánimo era decir sencillamente que no tiene una jóven mayor enemigo que su belleza cuando la rodean añosas y presumidas dueñas, ó jóvenes menos lindas. No obstante, empero, la antipatía de la abadesa hácia su huéspeda, confesaremos en justicia que reprimia cuando llegaba á conocerlos sus adversos sentimientos, haciéndose firme protectora de la razon.

—Su situacion de usted, querida mia,

decia la abadesa en familiar interlocucion con nuestra heroina, exige un director espiritual. Yo tengo escogido, segun mis cortas luces, un varon docto y piadoso que me ha sido eficazmente recomendado, y que espero podrá conducirla á usted, querida mia, por el buen sendero en la peregrinacion de la vida.

Dió Isabel las gracias á su bondadosa abadesa, pensando prepararse aquella noche con la confesion para el sacramento del siguiente dia. Supongo que sabrá ya el piadoso lector que estan de tal modo dispuestos los confesonarios de las monjas, que no puedan verse entre sí los confesores y las confesadas. Isabel casi se desmayó de horror cuando oyó distintamente la voz y reconoció el estilo del padre Narciso. Resolvió no continuar la penitencia, y quedaron las madres escandalizadas al oirle decir con tanta gravedad y reposo como firmeza que no seguiria la confesion con aquel sacerdote. Creció la murmuracion y se aumentó el escándalo al circular entre las mon-

jas desfigurados rumores de los motivos á que el padre Narciso atribuía aquella conducta, rumores que aumentaban su malignidad y recibian agravaciones de portentoso tamaño al pasar de boca en boca.

En consecuencia de esta oposicion, y de las escenas que produjo, suplicó á Isabel la abadesa se abstuviese de salir de su cuarto, y de comunicar con las monjas, hasta tanto que recibiese respuesta de una carta que sobre el asunto habia despachado á su sobrino de Grañina. Si no hubiera sido inexorable la abadesa en materias de prerogativa y amado mucho á su sobrino, tal vez hubieran logrado los alquimistas sacar á Isabel de su asilo en aquellos momentos de escitacion; pero la noble viuda se lisonjeaba con la esperanza de aumentar el número de las esposas de Cristo con la adicion de su huéspeda, dedicando todos sus ratos desocupados al logro de tan santo objeto.

Las precuaciones adoptadas con el fin de incomunicar á Isabel no habian sido

suficientes para prevenir su correspondencia con Cárlos. Entre la imaginativa fecundísima de Chato, que para todo hallaba tiempo, y la ternura de la portera, que para todo hallaba trazas, se habia abierto un canal por donde fluían secreta pero libremente los pensamientos de ambos amantes, y mitigaba sus sentimientos el placer de contárselos. La marquesa del E., dama de celebridad en los anales del general Landesa y en los nuestros, no era la persona que menos instigaba á la abadesa á proseguir sus planes en beneficio de la felicidad espiritual de Isabel. Aquella noble dama, deseando, tal vez, la mutua felicidad de los amantes para cuando pasasen á la otra vida, se habia encargado de la molesta comision de intervenir abiertamente en sus asuntos. Visitó á Cárlos dos ó tres veces en la cárcel, y buscaba sin cesar hasta las ocasiones mas remotas para influir en que quedase separado de su querida completa y prontamente. Una persona maliciosa hubiera sospechado de la

asiduidad y eficacia de la marquesa, que bajo su rostro grave y sereno ocultaba un corazon herido hasta lo vivo por la pasada indiferencia del caballero, y que los zelos, y el amor propio mortificado, eran la verdadera caridad de sus acciones.

Dos meses habrian transcurrido desde la prision de Cárlos, cuando empezaron á esperar los alquimistas que lograrian dar á su causa un fin desastroso. Acallar sus labios para siempre era de la mayor importancia para estos señores, cuyos secretos habia penetrado por tan estraños medios. Tampoco conocian cuáles fuesen estos, ni podian afirmar siquiera que fuese Cárlos el libertador de Isabel, pues ésta habia constantemente rehusado conceder ni aun á su abadesa que hubiese estado detenida en poder de los alquimistas. Quizá ella misma no lo sabia. Contestaba á las preguntas que sobre el asunto le hacian, que atraida á una casa estraña, la aprisionaron en ella unos hombres enmascarados y otros ves-

tidos de lacayos, que la habian tratado con mucho decoro y bondad en la prision, y que por la misericordia divina se habia visto libre sin saber cómo. No queria faltar á la discrecion en este particular, por no comprometer con sus palabras á Cárlos. Los alquimistas, empero, sabian que los que no eran por ellos eran contra ellos, y habrian agotado su poder para destruir un dudoso enemigo. La firmeza y rectitud del señor de Bruna eran otras tantas barreras que ni los mismos alquimistas podian allanar. Una multitud, empero, de testigos y documentos falsos, una fingida correspondencia entre Cárlos y el Niño (Diego Corrientes), y diversas acusaciones de las mas infames que habian tenido modo de introducir en el proceso del modo subrecticio que acostumbraban, inclinaron la balanza de la justicia, y emponzoñaron el curso de los procedimientos.

La marquesa del E., para hacerle justicia, pues aspiramos al dictado de

Arístides de los novelistas, y debemos dar á cada uno lo que es suyo, segun el precepto de dad al Cesar lo que es del Cesar, la marquesa decimos, no tenia parte en estos infernales artificios. Al contrario, cualesquiera que fuesen sus motivos, se mostró en diversas ocasiones tan compasiva hácia Cárlos, que los dichos señores se alarmaron, reservando de alli en adelante á la marquesa cuanto decia relacion (1) á nuestro caballero.

En medio de todos sus infortunios tenia Cárlos el consuelo de que no se hubiese descubierto su correspondencia con Isabel. Una noche que se hallaba esta, por causas que van despues á referirse, sumergida en angustia y desconsuelo, con ardientes lágrimas invocaba la benigna proteccion de la Santísima Madre. Se le

(1) *Decir relacion*, es una de las muchas frases que aun cuando la usara el mismo Jovellanos, sin añadir *de ciego* no la entendiera Judas. Sentimos que al seor dón Alejo se le hayan ido de la pluma tantas locuciones *á la pepinière*, como las llama Gallardo.

habia dado á entender que era necesario que tomase sin tardanza el velo de las esposas de Dios, vínculo mas indisoluble que los votos mismos del matrimonio, ó que se preparase para ser transferida al santo tribunal de la inquisicion, adonde aprendería la doctrina, la obediencia y el desprecio de los goces mundanos. De ambos modos perderia á Cárlos para siempre. Se acordaba en su calamidad de que él, su solo amigo, su solo protector, estaba en un calabozo, que se acercaba el dia en que su causa habia de verse, y que estaba su vida en peligro. Contemplaba el cáliz de amargura que ante los ojos tenia; le veía rebosar, y solo el árbitro supremo de las cosas podia disminuir su contenido. Sola y rodeada de enemigos, habia consultado á Cárlos sobre tan duro dilema. ¿Qué deberia hacer? No le quedaba alternativa entre la inquisicion y el velo.

Devorada por esta perplejidad y agonía, continuaba sus oraciones cuando una criada le trajo su cena en un canastillo.

Con la agitacion que puede imaginarse tomó al salir la criada un panecillo, le abrió, y encontró dentro un papel que mil veces llevó á los labios y á la abrasada frente, y sin osar abrirlo, se sentó de nuevo y le regó con copiosas lágrimas. ¡Tan terribles anticipaciones herian su ánimo! Le faltaba audacia para determinarse á saber la verdad. La causa de Cárlos habia últimamente tomado aspecto tan temeroso, que por mucho que desease saber sus progresos, carecia de ánimo para romper el sello que ocultaba el secreto. Un frio mortal sucedió á la escitacion primera, y al fin abrió el ominoso papel con trémula mano.

"¡Idolo de mi alma! decia Cárlos en el lenguaje enfático de los amantes: el poder divino que preside sobre nuestra suerte ha decretado una separacion eterna." Isabel no pudo leer mas. Cayó agoviada de dolor, y por muchos minutos estuvo privada de sentido. Fortificándose con la oracion, leyó al fin la carta de Cárlos, que parecia confirmar sus apren-

siones, dejándole, como en legado funeral, el amor y afecto de su tutor, y aconsejándole que en la alternativa horrorosa en que se veía, antes mil veces tomase el velo con las vírgenes esposas de Jesus, que sufrir la infamia de ser juzgada en los tribunales de la fé. Sobre todo le pedia Cárlos que se armase de fortaleza, que se aconsejase del cura de Aznarcollar y con el señor de Grañina, y confiara en la felicidad y consuelo que se dignaria concederle aquel juez clementísimo ante cuyo tribunal quizá sería su suerte presentarse pronto.

No pudo Isabel permanecer por mas tiempo en la posicion en que se hallaba. Guardó maquinalmente el billete, y antes de llegar á su lecho cayó agitada con una convulsion violentísima. Cuando volvió á entrar la criada, gritó sorprendida, imaginando que Isabel estuviese muerta. Se mandó llamar sin dilacion al médico del convento, aun cuando á fuerza de espíritus habia vuelto en sí antes de que llegase. Se le atendió con la mayor ter-

nura y cariño toda la noche, y para no molestar mas á las atentas y bondadosas hermanas, dijo al otro dia que ya se hallaba buena. Pasó muchas horas en amarguísimas meditaciones, leyendo mil veces la carta y comentándola sin fin. Cada una de sus sentencias, cada palabra suya daba una idea de muerte. La melancólica intensidad de las reflexiones de Isabel le causaron un delirio de temibles síntomas. Pasó tres dias en cruel y aguda lucha mental, de que se recobró gradualmente por su buena constitucion y eficaz y cuidadosa asistencia. Desde lo mas profundo de su afliccion levantó al cielo sus pensamientos, y su piedad fue premiada. Cesaron las convulsiones y el delirio, y quedó entregada á una especie de melancólica felicidad. En su convalecencia le preguntó la abadesa si estaba ya decidida á profesar. Isabel contestó que le eran indiferentes todos los sucesos futuros, que su sola plegaria era llegar por la mas corta via, si tal fuese la voluntad del Altísimo, á aquella mansion

adonde los malos cesan de vejar y los que estan fatigados descansan. Con estas palabras dirigió una vehemente, pero incierta mirada á la abadesa, y el pálido semblante le reclinó sobre el pecho.

CAPITULO VII.

No. — Si la luz de la razon no se hubiera disipado y dejádote en tinieblas, tú tenias un amuleto en la querida imágen grabada en tu corazon.

Con las manos cruzadas, los labios pálidos y entreabiertos, estaba la vírgen contemplando el velo.

Lalla Rookh.

El dia señalado para la celebracion del religioso rito que habia de separar á Isabel para siempre del mundo y de su amante, estuvo concurrida hasta no poder mas la iglesia de nobles madres. Las devotas de los alrededores acudian al santo sacrificio en numerosas bandas, empujándose y descodándose en el templo para obtener una posicion ventajosa. A las once de la mañana empezaron ya los monaguillos á encender las muchas velas distribuidas simétricamente por altares, rinconeras y cornisas. Tambien resplandecian en el presbiterio tres ó cuatro do-

cenas de lámparas de plata, suspendidas de ricos y gruesos cordones de seda. Cien canarios gorjeaban entre tanto en dulces trinos desde sus jaulas de dorado alambre. Poco despues el estruendo de varios pesados carruages que á la puerta se oían indicaron que empezaban á llegar los patricios. Muchas familias de nobilísimas personas de ambos sexos ocuparon los lugares que les estaban destinados, dejando á la puerta sus lacayos y cocheros cargados del oro y plata de sus libreas. Los canónigos y cabildo eclesiástico, el gobernador militar, las autoridades civiles, todos estuvieron convidados al divino esponsorio, en que el arzobispo habia condescendido en oficiar como sacerdote y la marquesa del E. como madrina.

No eran por supuesto el rango ni cualidades personales de Isabel los que tanto estímulo causaron el dia de su profesion; la de cualquier otra jóven hubiera sido igualmente honrada, pues considerando el crecido número de monjas que habia en aquel tiempo en España,

una profesion pública era un acto de rarísima ocurrencia. Para interceptar la vívida brillantez del dia se corrieron cortinas de seda verde por todas las claraboyas y ventanas de la iglesia; y las numerosas luces artificiales que dentro de ella habia, reflejando sus rayos en miles de bruñidos espejos, la llenaban de hermosura y mágica transparencia. Se oyeron algunas notas músicas en el coro superior, y poco despues llenó los aires un raudal de sagrada música, divirtiendo, ya que no absorviendo los sentidos de los piadosos oyentes.

Cesó la música, y de una de las puertas laterales del altar mayor salieron seis mancebos vestidos de púrpura y blanco lino, con ciriales de plata en las manos, los cuales, formando una línea frente al altar mayor, se arrodillaron é inclinaron á tierra la cabeza. Siguieron seis diáconos vestidos de blancas y ondulantes ropas con sus estolas, é incensarios de plata vertiendo ante el altar deliciosos perfumes, que ascendian en

rizadas guirnaldas de leve azul y transparente humo. Tambien se arrodillaron, dejando lugar para otros seis eclesiásticos, cuyas ropas cubiertas de brillantes bordaduras y encajes indicaban que perteneciesen á un rango mas alto del orden sacerdotal. Uno de estos llevaba una maciza batea de plata con dos vinageras de oro sobre ella. Otro un jarro de plata lleno de agua, cubierto con un paño de delgadísimo lino, que caía con ambas partes, imitando con prolijos pliegues las alas de un pájaro. El tercero llevaba una palangana de plata para la purificacion. Los misales, soberbiamente encuadernados en terciopelo carmesí, los conducian otros dos sacerdotes, seguidos por el último con el cáliz cubierto de blanquísima seda y oro. Todo se fue depositando solemnemente en varios sitios del altar.

La armonía del coro resonó de nuevo como si llamase con sus cadencias la atencion de los fieles á la memoria del Redentor divino, preparando sus ánimos

para ver la repeticion de aquel grande sacrificio que lavó los pecados de la humanidad, y abrió las hasta entonces cerradas puertas del cielo.

Con imponente gravedad se presentaron luego dos prelados vestidos de riquísimas albas cubiertas de encajes, y casullas de rasoliso blanco bordadas de oro y tachonadas de deslumbradora pedrería. El arzobispo, vestido del mismo modo, se presentó el último, con su mitra y dorado báculo, y el anillo del pescador destellando luz desde su índice. Doce caballeros de los mas distinguidos de Sevilla acompañaban al arzobispo. Se situaron al rededor del altar en sillones cubiertos de terciopelo bordado de oro.

La marquesa del E., rodeada de una galaxía ó rutilante cortejo de nobles damas, entró despues por la puerta de enfrente en calidad de madrina de Isabel, que cubierta de las mas ricas sedas y cendales que producir sabian los ingenios valencianos ó los telares de Sevilla, lentamente se presentó en el templo entre

la marquesa y otra señora de título. Los profusos y sedosos rizos de la cabellera de Isabel, negros como el azabache, parcialmente sombreaban una corona de trémulos brillantes que decoraba su frente. El cuello blanco como la tez de la azucena, ceñido por una cadena de perlas, de donde una riquísima cruz iba suspendida, y reposando sobre los medio descubiertos pechos. Los anchos y multiplicados pliegues del ropage bajaban desde la estrecha cintura por entre festones de rosas. Desnudo llevaba el brazo, escepto desde la mano hasta donde alcanzaba el guante de blanca cabritilla. En las cruzadas manos resplandecia un crucifijo de oro.

Todos los ojos se fijaron en Isabel; pero el número de las luces, y mas aun la doroda reja que separaba el presbiterio del resto de la iglesia, impedian que pudiese verse desde afuera mas que la forma de la jóven, que pálida, abatida y casi fuera de sí, se adelantaba, no obstante, con firme paso hácia un so-

berbio dosel de seda blanca con franjas de oro que le estaba destinado. Su madrina y las otras señoras ocuparon sofás no menos suntuosos puestos al rededor del dosel.

Entregando el báculo á uno de los diáconos, levantó el arzobispo los ojos y las manos al cielo, y empezó la misa. Acabado el evangelio, los caballeros, precedidos por los diáconos, fueron á la puerta de la sacristía á recibir y acompañar al púlpito un descalzo capuchino que subió á él con trémulo paso. Cubría el pecho del religioso su blanca barba: el pálido y descarnado semblante daba pruebas de su penitencia; y la piedad de su discurso anunciaba que era un benigno pero fervoroso cristiano. El calor de la religion animaba su pecho y resplandecia en sus palabras. Lloraba el público sus pecados, y ofrecian los hombres que le escuchaban sus corazones al cielo, puros, sin disfraz, y heridos del dolor del arrepentimiento. Habló de la virtud de la castidad, ensalzando con frecuentes

alusiones á la Madre de toda pureza, el especial amor con que el Hijo del Eterno se deleita en la mística hermosura de sus esposas.

Acabada la misa, observó la marquesa del E. que Isabel se habia desmayado. Un confuso tumulto que se observó en el mismo instante hácia los pies de la iglesia le atribuyó la noble madrina á otra causa semejante, y aplicando un poco de elixir á su ahijada, logró que se mejorase, y aunque estremadamente pálida, la hizo aproximarse al altar. Despues de varias misteriosas ceremonias, le preguntó el arzobispo con mucha afabilidad á nuestra heroina, si consentia en renunciar para siempre al mundo, y hacia libre voto á Dios de no salir de aquellos claustros, y pasar en ellos la vida en constante retiro y penitencia como esposa digna del Señor. No se oía una voz en la iglesia. Los labios de Isabel no rompian, empero, el solemne silencio. Repetida la pregunta, resonó al fin el esperado *¡Sí!* que en vez de su ahi-

jada pronunció la marquesa del E.

Entonces pasó nuestra heroina á manos de las otras damas, que con graves ceremonias comenzaron á despojarla de sus ornatos. En medio de este rito esterno, Isabel, como si volviese de un profundo letargo, ó acabase en aquel punto de reunir sus fuerzas y ánimo, gritó en resuelta voz: —*¡No! ¡No!* No puedo hacer un voto que mi corazon repugna y que resiste mi alma. ¡Señor arzobispo! ¡Nobles caballeros! ¿No habrá entre tantos quien proteja á una infeliz, víctima de persecuciones que penetran hasta en este santuario? ¿Quién, por el amor de Dios, me librará de los tiranos?

Ya puede congeturarse la sorpresa, horror, indiguacion, ansiedad y lástima que se verian en todos los rostros. El arzobispo retrocedió de su lugar con involuntario movimiento; los otros clérigos abandonaron tambien la apática santidad é indolencia del rostro. Todos quedaron llenos de admiracion en la iglesia, menos la marquesa del E., que con sem-

blante compuesto y suave voz dijo que padecia su ahijada de algun parasismo que no debia interrumpir la ceremonia. Este y otros argumentos de la noble dama habian ya casi persuadido al arzobispo, cuando se adelantó el marqués de Campo Sereno, el mas anciano de los caballeros presentes y general de mucho crédito, é intervino en favor de Isabel. Era el arzobispo prelado de suma integridad y corazon verdaderamente caritativo; y al oir las razones del venerable marqués de Campo Sereno, mandó que volviese Isabel á su celda, y se resolvió interiormente á tomarla bajo su amparo.

Obedecido en esto, hizo el arzobispo un breve discurso á la congregacion, para mitigar, si era posible, el escándalo que pudiese resultar de aquella circunstancia. Salió al punto la gente de la iglesia; los hombres, parándose á la puerta en círculos para hablar de aquel asunto, las mugeres llevando que contar á sus casas la nueva de aquella sin par maravilla.

Despejada ya la iglesia, tuvo el arzobispo mas de dos horas de conferencia con Isabel. Despues pasó á consultar á la abadesa, y salió al fin del convento dejando orden para que no se impidiese de modo alguno la comunicacion de Isabel con un anciano sacerdote de su comitiva, que le dejó de director espiritual. Era este eclesiástico confesor del arzobispo, y varon muy cristiano, virtuoso y prudente.

CAPITULO VIII.

Duró apenas su cólera un momento;
Si durara otro instante sofocado
La hubiera su amargura: parecia
El iracundo acceso, en trance infando
Vislumbre del infierno pasagera:
¿Qué la enérgica bilis, que hay mas alto
Magnífico y sublime? aunque espantosa
A la vista cual suele el océano
Las breñas combatiendo, es noble y grande
Para verso y pincel. Del pecho airado
Relámpagos ardientes, las pasiones
Brillaban en su rostro, fiel retrato
De la tormenta y bella y viva imágen.
¡Muerte! ¡muerte! gritaba: ¡horror! ¡espanto!
Mas de sangre la sed y de venganza
Dos raudales de lágrimas templaron.

Traduccion ó imitacion de un autor moderno.

Habia gozado Cárlos en la cárcel muchas consideraciones y conveniencias, debidas á la influencia del señor de Graña. Hasta aqui llegó la proteccion de este caballero, que habiendo salido de Se-

villa en una comision militar de mucha importancia y trabajo poco despues de la prision de nuestro héroe, no habia tenido ocasion de hacer mas por él.

A poco de las escenas descritas en el último capítulo, se presentó Chato en las puertas de la cárcel, y como de ordinario, obtuvo permiso para ver á don Cárlos. Le encontró deseosísimo de saber nuevas de Isabel, y de si habia logrado Chato hallar nuevos medios de facilitar su interrumpida correspondencia. Chato, despues de un preludio de los suyos, habló asi:

— Me iba yo acercando, como digo, hácia el convento de las monjitas á ver si podia ablandar el corazon de aquella santa portera, cuando al llegar á la puerta ¿quién se me habia de cuadrar al frente sino el escribano de Aznarcollar? A ese lo tengo yo sentenciado por ciertas sospechillas que de él me danzan por la cabeza á no dejarlo en paz cuando me caiga á la mano hacerle guerra. Con esta intencion seguí á su merced, que de-

pósito sus zancudas é interminables piernas y pescuezo en mitad de la iglesia. Habia gente que era aquello ahogarse; pero tuvo el fiel de fechos la buena fortuna de quedárseme junto. Cuando estaba yo ya cansado de rezar, lo cual sucedió poquísimo despues de haber entrado, ya no pude yo salir; tanta era la concurrencia que habia para ver á su ilustrísima el señor arzobispo decir misa de pontifical para la profesion de una monjita. Con la calor, la gente y el incienso, empecé á adormilarme, y me hubiera quedado como un pajarito á no haberme puesto el diablo en las manos un hilo bramante y aguja que tenia para coser mi túnica de ermitaño. Como estaba asi amodorrado para el caso, sin saber casi lo que me hacia ni pensar en ello, le cosí al escribano la capa por un lado á la basquiña de una beata, y por el otro lado al sayal de otra beata. Viendo lo que habia hecho, me puse á bregar para separarme de alli, y pude al fin lograr ponerme detras de una columna, desde la

cual alcanzaba yo con la mano al notario sin que nadie me viera. ¿Qué hago? Cambio la posicion de la aguja, y suavemente se la meto á mi amigo por el mollero del brazo. Imagine su merced el respingo que pegaria. Ni su caballo junto al puente de Triana. Cuando le vi ya quietecito y repuesto, se la introduge con mucho saber por las asentaderas, de modo que le hice levantar una vara del suelo, y dar de boca con las dos beatas que tenia cosidas á la capa. Empezó á luchar para escapar de alli, y á bracear como quien pierde pie y se ahoga, y tira y jala, arrastrando en pos de sí á las dos beatas de modo poco decente, que era una compasion. Ocupado con estas cosas, no veía yo por supuesto nada de lo que pasaba en el presbiterio. Un ¡ay! profundo que de alli venia llamó mi atencion, y pude distinguir á la marquesa del E. y oir su voz, aunque sin entender lo que decia. Esta señora se dice que es la futura del general Landesa, á quien usted vió aquella noche en casa de los alquimistas por el

agujerillo de la llave. El general quiere repudiar la pobreza con quien está ahora casado, y contraer segundo matrimonio con el opulento mayorazgo de la marquesa. Lo que es yo, por mi parte, creía que ya estaba la buena de la señora esta en el otro mundo, porque ha de saber usted, pero esto en secreto grandísimo, que á la mañana siguiente de haber usted escapado de en casa de los alquimistas, le escribí yo un billetito á la marquesa, imitando, por mas señas, la letra de molde, y diciéndole que el general pensaba pasar por tal parte la noche inmediata, á tal hora, con la mas hermosa niña que los cielos cubrian, y yo la vi aquella misma noche disfrazada y espuesta á la lluvia, de lo cual le resultó un resfriado que era de temer no levantase mas cabeza. Pero volviendo á nuestro cuento, allí estaba, y de madrina, porque habia profesion, y la nueva hermana era mi señora Isabel.

—¡Cielos santos! esclamó Cárlos con mal reprimida agonía, y se dispuso á oir

la continuacion de aquella triste narracion, resignando sus esperanzas en manos de la Providencia. No tenia ya esperanzas ni aun remotas de que se terminase favorablemente su causa; y aun cuando solo fuese la sentencia de destierro ó presidio, produciria su separacion de Isabel. ¿Cuánto mejor era, pues, que quedase protegida por el claustro, que abandonada y sin amigos ni protectores?

— Mi señora Isabel, prosiguió Chato, imploró con lágrimas el amparo del arzobispo y de los caballeros. Yo maquinalmente saqué mi puñal en su favor... ¡Dios me perdone usar de armas en la iglesia!

En este punto del diálogo, mientras el corazon de Cárlos rebozaba de gozo, de amor y de pesar, los cerrojos esternos de su puerta resonaron, y un momento despues entró la marquesa del E. No puede espresarse la sorpresa de Chato al ver tal visita. Hizo, sin embargo, una reverencia, y dejó respetuosamente el calabozo.

—Distraido cual lo estaba, y presa de agudísimos sentimientos y reflexiones, tuvo Cárlos que revestirse de cierto grado de violenta compustura para recibir á la marquesa. No sentia esta ver á Cárlos en situacion tan crítica; asi tendrian mas valor los pasos que por él pensaba dar. Se sentó juntó á la silla del caballero, y modelando su prevision por sus deseos, imaginó que causaba el aparente desorden mental de Cárlos su falta de resolucion para declararse de una vez, y manifestarle aquella ternura que su escesiva bondad deberia ya haber encendido. Triunfaba la dama anticipadamente, y aun meditaba si haria dichoso al caballero desde luego, ó si le haria padecer antes su crueldad y sus desdenes. Conoció, empero, que una severidad estremada conviene poco á aquellas hermosas que han vivido ya mas de medio siglo entre los peligros y vicisitudes de este pícaro mundo. Cárlos, entre tanto, no se mostraba dispuesto á entrar en semejantes tópicos; y la impaciente marquesa, irritada de su timidez, é

incapaz de sufrir por mas tiempo tales dilaciones, determinó animarlo un poco.

—No puede ocultarse, dijo toda mimosita y haciendo con el abanico mil monadas, un caballero de tanta penetracion como usted, ¡ay! la mucha simpatía (esta palabra la pronunció de modo que le hubiera grangeado infinitos aplausos en el teatro del Príncipe), el efecto con que le he mirado á usted siempre desde el malhadado instante de nuestra primer entrevista. Desde entonces ¡ay de mí! ¿tendré que confesarlo? mi imaginacion no ha tenido otro objeto en las horas del sueño ni en las de la vigilia... ¡Ay! Perdone usted mi sensibilidad, hermoso mancebo... Yo me he resuelto á huir de tan peligroso amigo... ¿Cuántos sacrificios no haria por usted la que asi compromete su dignidad... su decoro... ¡Sí, Cárlos!... Yo estoy apasionada... ¡Cielos! ¿Qué he dicho? ¿Asi hago traicion á mi pecho?...

Estaba Cárlos como quien ve visiones. Mientras los rugosos y plegados labios de su hermosa conquista exhalaban

la última esclamacion, mientras con acorchados y marchitos dedos se apoderó de una mano del jóven y la apretó suavemente, se cubrió por via de énfasis el encendido rostro con el abanico. Luego continuó muy agitada:

—¿Pero ha de dejarse vencer asi una dama de mi rango por pasiones, aunque tiernas, tal vez culpables? ¡No! ¡Nunca se dirá de mí! Y con esto abandonó la mano de Cárlos.

Aun estaba el caballero inmoble y como petrificado. Nunca esperó ni remotamente haber sido actor de tan singular comedia, y le cayó encima, por decirlo asi, el amor de la marquesa, súbito y cortante como una tormenta de granizo. La enamorada dama se levantó repentinamente y llegó hasta la puerta. La ternura interrumpió su fuga. Si Juan Jacobo Rousseau nos prestara su pluma sentimental, ó Rafael el pincel maravilloso con que hermoseaba los monstruos, pintariamos la tempestad que agitaba el pecho de la marquesa. En nuestra sencillez nos

contentaremos con decir lo que pasó esteriormente. Volvió preguntándose á sí misma en un *aparte* de teatro: — ¿Por qué seremos las mugeres tan débiles? Y viendo que no manifestaba Cárlos poseer erudicion bastante para resolver tan grande problema, continuó la dama con un gesto parecido á los que hacen las gentes cuando lloran:

— ¡A Dios, Cárlos! Sea usted feliz. Si alguna vez mi memoria...

Pero no pudo continuar. La inmovilidad constante de Cárlos resfrió su elocuencia. Desengañada y herida profundamente en su amor propio, pasó la marquesa con transicion instantánea del seno de la blandura al mas esquisito parosismo de ira. La vejacion casi, casi sofocara á su señoría.

— ¡Monstruo! ¡monstruo! esclamaba sin resuello y desesperada. ¿Cuándo pudo usted esperar que una señora de mi calidad le hablase una sola palabra que no dictasen la compasion ó el desprecio?...

Y diciendo asi se desmayó de veras.

Estos sucesos, aunque su descricion es larga, pasaron en pocos instantes. Cárlos, el hombre menos á propósito de España para salir airoso de tal compromiso, sustentó á la señora en sus brazos, le roció el rostro con agua, operacion en que anduvo indiscretísimo por habérsele quedado impresas las gotas en las megillas cual si fuesen milagrosas, y últimamente, tuvo la inadvertencia de tocar la campanilla, como pudiera hacer un rústico, para pedir auxilio. Entró el carcelero, y salió con él la dama vuelta en sí.

— Una de las mas estrañas aventuras, dijo Cárlos frotándose los ojos para asegurarse de si estaba ó no despierto, que jamas le han sucedido á persona humana. Esta buena señora debe de sufrir precisamente estrañas aberraciones de ánimo, ó no estoy yo en mis sentidos.

Mientras Cárlos congeturaba en esta guisa, juró en su resentimiento la marquesa venganza contra el malvado caballero, y sin dar tiempo á la meditacion,

se encerró en el interior de un estupendo coche, cuya caja no era mayor que una capillita. Se movia este vehículo lentamente por los esfuerzos de cuatro poderosas mulas, y segun la guia de dos cocheros vestidos de interminables casacas, ó mas bien túnicas de librea, y cubiertos con sombreros de tres picos proporcionados al tamaño de la carroza. Este complicado y ambulante edificio se dirigió con atronador estrépito (como es de suponer en una casa que va de viaje) hácia la del señor de Bruna, en cuya puerta hizo alto.

El tamaño del hombre fisico del señor de Bruna era notablemente reducido; su opinion de las franquicias y prerogativas de su empleo grandes en proporcion contraria. Su carácter firme y decidido; sus modales ágrios, repulsivos y llenos de aspereza, cuales suelen acompañar al celibato. Se consideraba la marquesa profunda conocedora de las rarezas y peculiaridades de este solteron regañador, y estaba persuadida de que si

alguna vez era posible que llegase á dirigir su conducta por los deseos agenos, sería para obrar en contradiccion de lo que se habia pedido.—Debe un juez íntegro, repetia con frecuencia el señor de Bruna, imitar á la sombra, que va siempre en direccion contraria del sol, cuando personas poderosas y eminentes quieren intervenir con sus deberes y prescribirle el modo de cumplir sus obligaciones.

Resuelta á perseguir su predeterminado proyecto contra Cárlos, entró la marquesa, antes de tener tiempo para refrescar su mente, en casa del magistrado. El señor de Bruna bajó la mitad de la escalera para recibir á su noble visitadora, le hizo una profundísima reverencia, como era loable costumbre de nuestros antepasados, y le dijo que le besaba los pies con voz sumisiva y galante.

La dama contestó con remilgadísima cortesía, y aceptó con la siniestra la derecha mano del juez, y ambos subieron lo que de escalera quedaba, y entraron

en el estrado haciendo tantos ademanes y contoneos, tan estirados y serios como si fueran bailando el minué de la corte.

Despues que hubo el señor de Bruna regalado los oidos de la marquesa con mil cumplidísimos é intrincados cumplimientos, sus ojos, enseñándole repetidas veces la coronilla de la empolvada peluca, y todo su cuerpo, en fin, con el descanso de un blando sofá, empezó asi la dama con melodiosa voz y dulce sonrisa:

—Supongo, presidente, que he logrado sorprenderle á usted.

Y el juez, haciendo nuevo alarde de la coronilla de su peluca, —Sí, asi es, marquesa; no pudiera haberme sorprendido vision mas agradable.

— Vaya, vaya, presidente, al fin me hará usted creer es justa y bien ganada la opinion que goza de galan y fino entre las damas sevillanas.

—Seguramente que la merezco, y mucho, si esa opinion y fama se limita á pintarme como su mas ardiente pero humilde admirador. Al mismo tiempo me

es forzoso confesar, marquesa, que soy tan tierno de corazon como desgraciado.

— Muchísimo lo siento, presidente, replicó la dama con afectada incredulidad; pero siempre merecerán las niñas de Sevilla esa queja menos que usted su buena fama. A mí, por mi parte, me dolería mucho la crueldad de mis paisanas, pues que yo vengo espresamente á pedirle á usted misericordia.

— Siempre, marquesa, es dulce para mi alma la fragancia de la misericordia, y lo sería aun mas si por usted la ejerciera.

— Veremos, presidente. Acepto esa palabra con gratitud estrema, y espero que mi intercesion conducirá á buen éxito la causa de un caballero jóven que se halla hoy en la cárcel pública.

Al nombre de *cárcel*, la última sonrisa del juez se convirtió en rígida compostura, endureciéndose ademas la espresion de su rostro hasta llegar á una seriedad repulsiva que parecia la personificacion de una sentencia. En tan severo

ademan replicó asi á la dama: — Debo recordarle á usted, señora marquesa, que por desgracia no está en mis facultades conceder esa peticion. Yo no tengo autoridad para otra cosa que para hacer cumplir la letra, cuando mas el espíritu de la ley. Ni puedo disminuir ni aumentar sus efectos; y cuando la ley fuese de algun modo ambigua, ó dejase cabida á la equidad, es obligacion mia ser antes misericordioso que cruel. Antes eviten cien criminales la vindicta de la ley, que permitir la sufra una sola cabeza inocente. Por esta máxima, á que yo adhiero sincera y constantemente, verá usted, marquesa, que hasta la misericordia que suelo yo emplear con los acusados es poco graciosa, pues que podria no emanar libremente de mis pensamientos, sino de mis mas sagradas obligaciones.

— Deponga usted parte de esa severidad, presidente, dijo la marquesa con hechicera sonrisa, hasta conocer, por lo menos, la persona en cuya suerte me intereso. ¿Puede usted en razon rehusar su

favor á mis buenas intenciones, sin conocer siquiera la persona á quien se refiere?

— Si es un preso, señora marquesa, recibirá justicia. La ley debe proteger con igualdad á todos los hombres.

— ¡Ojalá fuera así, presidente! Dice la fama, que sus juicios de usted estan siempre dictados por la imparcial justicia; pero yo creo, y perdone usted una opinion de señora en materias de legislacion, que los crímenes no han de castigarse todos con igual severidad. ¿Quién no ve, señor presidente, que los impensados errores de un ánimo juvenil merecen mas compasion que los frios y premeditados delitos de los años maduros?

— El hombre, señora marquesa, no se madura nunca, ni es nunca sabio, ni perfecto. Todos somos frágiles, y la ley ha proveido misericordiosamente en favor de la fragilidad humana. Si usted, señora marquesa, se tomara la molestia de examinar los motivos y objetos que en sí tienen los castigos, veria que no necesi-

tan menos reprension los crímenes de la ignorancia, ni son menos nocivos para la república, que los que comete la mas emponzoñada perversidad de corazon. La ley de España habla, empero, de circunstancias paliativas, de grados de probabilidad y otras cosas, y el preso á quien usted protege nada tiene que temer, yo se lo aseguro á usted bajo mi palabra, del administrador de la ley.

— Nunca he podido yo dudarlo ni por un momento, señor de Bruna, replicó la dama; y con la benévola intencion de irritar al juez mas de lo que ya lo estaba, continuó sus peticiones, confiada en inspirarle al magistrado cuanto odio fuese posible contra Cárlos. Perdone usted, presidente, le dijo, si aun insisto en hablar en favor de este jóven. La escesiva clemencia es la falta que con mas facilidad perdonaria usted en una muger.

— Yo creo que sea la conmiseracion, contestó el juez, componiendo sus facciones hasta formar una especie de son-

risa como la que proviene á veces del dolor de muelas, una de las prerogativas mas amables de las señoras. ¿Cómo se llama ese preso que tiene tan persuasivo abogado?

—Don Cárlos Garci-Fernandez.

—Le conozco personalmente, y doy á usted mi palabra de que no olvidaré su recomendacion.

Dió la marquesa gracias al cortés magistrado del modo mas espresivo, empezándose entre ambos una reñida escaramuza de cumplimientos, que duró mientras ambas antigüedades bajaban la escalera, y se mantuvo viva hasta despues de estar en movimiento la casa volante de la señora.

El juez de Bruna volvió á su estrado mucho mas de prisa de lo que habia salido de él. Nunca habia visto, pensaba, en todos los dias de su vida tan impertinente ni desvergonzada bruja. Queria que hubiese sido un bombre para haberle arrojado por la ventana. Blasfemó del bello sexo como si la quinta esencia del ce-

libatismo corriese pura por sus venas. Sospechó que conociendo la marquesa su máxima de obrar, en casos dudosos, contra lo que se le pedia, vino á verlo con la diabólica intencion de injuriar al pobre muchacho. Declaró que eran todas las mugeres demonios chicos de los infiernos, escepto la marquesa, que era un demonio monstruosamente grande. Animadvirtió contra, y aun maldijo sus descarnadas megillas, y los encarnados matices en ellas sobrepuestos, y se resolvió, en fin, á proteger al caballero, usando con él de cuanta lenidad le permitiese el rigor de las leyes.

No pudo el señor de Bruna obrar con la suavidad que queria, como podrá verse en las siguientes páginas:

Se grato vi sarà l' istoria udire.

CAPITULO IX.

Barnar. ¿Quién sois vos?
Clown. Vuestro amigo, señor, el verdugo: es menester que tengais, señor, la bondad de levantaros para que os quite la vida.

Shakespeare.

Habian oprimido á Cárlos las mas tenebrosas predicciones desde que se sustanció contra él el cargo de haber escalado la cárcel, por falso testimonio del gloton y obeso carcelero, de quien ya hemos hablado, y por otras declaraciones que solo podia contradecir con su palabra. Conociendo lo crítico de su situacion, escribió á Isabel la carta de que se ha hecho memoria en otro capítulo. Tambien escribió á su tutor, y se dispuso á esperar resignadamente las fatales nuevas. Jamas se corrian los ponderosos cerrojos de la cárcel que no le resfriara su chirrido la sangre de las venas. Estudiaba maquinalmente la fisonomía del

carcelero, como si quisiese adivinar por ella el estado de la causa. El dia en que habia de pronunciarse la sentencia, muchas horas antes que el sol saliese ya estaba sentado en su solitario lecho, envuelto en oscuridad y en silencio.

El tedioso dia resplandeció en fin al traves de la férrea claraboya, y el crujido de los cerrojos se oyó en el corredor adyacente. Resonaron los de su calabozo en armonía con la voz áspera del carcelero. Cárlos esperó inmoble la temida inteligencia. Se abrió la puerta, y entró Alberto, que habia llegado la nonoche anterior de Aznarcollar.

—¿Cómo estás, hombre? le preguntó Alberto, afligidísimo. Al cura le he dejado malo con un fuerte ataque de gota que le ha impedido venir á Sevilla. Mucho ansiaba verte...

—¡Paciencia! replicó Cárlos con voz bastante desmayada.

—¿Pero tú, como estás, qué es de tí, como ha sido esto? ¿Quién te ha descubierto?

—Yo estoy en la situacion mas desastrosa. Ignoro cómo se han rodado las cosas, pero temo que acabarán fatalmente.

Parecia que abandonaba la vida al pobre Alberto cuando oyó esta respuesta. Se sentó pálido, trémulo, é incapaz hasta de pedir aclaraciones.

Muchas horas pasaron en triste y desesperado silencio. Al fin se abrió de nuevo el calabozo, y se presentaron los oficiales competentes á comunicar al reo la decision del tribunal, y con todas las formalidades pronunciaron contra él la sentencia de muerte. Habia Cárlos temido el mal futuro, mucho mas que temió despues su presencia. Continuó con la serenidad inmoble de antes, cual sino fuese él el interesado. Su amigo al contrario; despues de muchos sollozos cayó sin sentido y convulsivo en tierra. Las muchas atenciones de Cárlos le volvieron el conocimiento. Parecia, al ver los sentimientos respectivos, que era Alberto la destinada víctima, en vez de su casi indiferente compañero.

La terrible decision que acababa de comunicarse á nuestro caballero era en primera instancia, y podia, por consiguiente, apelar de ella. Habia escrito repetidas veces al señor de Grañina, pidiéndole viniese á verlo, si le era posible, pues nadie podia mejor que este caballero justificar su conducta y modo de obrar el dia en que se escaló la cárcel; y sin embargo, no se hallaba en el proceso la interesante declaracion de este gefe, que tanta parte tuvo en aquellos sucesos. Considérese cuál sería el gozo de Cárlos, cuando vió entrar en el calabozo al mismo mayor de Grañina, y á su primo el caballero de Guzman, de literaria reminiscencia. Ambos le abrazaron con el mayor afecto.

— Anoche á las doce, dijo el mayor en su estilo militar, recibí su última carta de usted, y supe por ella el maldito estado de estos negocios. Tomé la posta al punto mismo, y el polvo que traigo encima le hará ver á usted que acabo de llegar ahora. Vine con este

eruditísimo pariente mio, que me trae atolondrado y vuelta la cabeza, porque lo que este habla es indecible. A la puerta tengo los caballos, y ni me mudo ni descanso hasta ver al señor de Bruna. Por supuesto que sería necedad que no la imaginara ni un literato dudar de que se abrogue esta brutal sentencia. Yo vi como usted se condujo, y mi declaracion paralizará el efecto de las de esos infames que le han acusado de hechos que no ha cometido jamas. Puedo hacer mucho, y lo haré todo. A Dios; aqui queda mi docto primo, que le esplicará á usted alguna cosa de patologia, mineralogia ó cualquier otra logia. Estos asuntos requieren viveza. No hay que desanimarse.

—En cuanto á mi erudicion, señor Aquiles, dijo el de Guzman sonriéndose, *nullam deprecor pœnam.* Y deberia usted saber, señor primo del temido brazo, que si yo hablo de *logi*, nunca *logos ridiculos vendo.* ¿Y no daria usted ahora ¡la verdad! su *lorica* y

galae crista por penetrar lo que en la mente tengo, lo que quiero decir con eso?

—Sí, sin duda, y mi *gladius* y *manica militaris* daria tambien por estar cierto de que hay sentido alguno en lo que dices. El mayor salió del calabozo con estas palabras, mirando significativamente al caballero de Guzman, que con un semblante en que estaba pintada la compasion tomó una silla y se sentó junto á Cárlos.

—¡Qué brillante carácter sería este mi primo, dijo con un suspiro el sanjuanista, si no tuviera tan triste idea de las letras, y de nosotros los que las profesamos! Pero el verle á usted en la afliccion presente, señor estudiante, *dolet mihi ex intimis sensibus.*

Cárlos buscó allá en su memoria alguna palabra griega con que dar gracias al caballero de Guzman, y no acordándose de otra, le contestó con una sentencia descriptiva de los prodigios que vió el agorero Teoclimeno. Luego se senta-

ron á la mesa recientemente cubierta por el criado de la cárcel.

—Ciertos, como lo estamos, dijo el caballero de Guzman mientras sorbia su chocolate, de que ha de revocarse la decision del magistrado, y eso antes de dos revoluciones diurnas de nuestro globo, pasemos á tratar de agradables asuntos. Su situacion le exonera á usted, querido estudiante, del deber de informarse de mis actuales ocupaciones literarias. Por eso quiero yo comunicarle gratuitamente y de motu propio, que ya hace dias ocupa toda mi atencion una obrita que tiene por fin comparar la táctica de las antiguas legiones con la de los regimientos del segundo Federico de Prusia. Quizá este asunto le interesará á usted mas que el viaje arqueológico por España, pues segun mi primo de Grañina, al mismo Aristómenes no le pasaron en toda su vida tantas aventuras como á usted en estos dos ó tres meses. Mucho me gustaron las últimas anécdotas de que usted ha sido el héroe; el ro-

mance es mi inclinacion favorita, y he cambiado quizá por eso mis estudios, persuadido de que es mas propio de un caballero blandir la espada y ondular el *vexillum*, ó como dice Livio, *in aversos transversosque impetum dare*, que consumir la literaria llama en examinar antigüedades que ni sirven ya, ni puede que jamas hayan servido para cosa alguna.

—Pero, señor caballero de Guzman, dijo Alberto con amistosa impaciencia, díganos usted en caridad, y asi Dios se lo premie, ¿qué es lo que piensa el noble mayor de Grañina hacer en favor de Cárlos?

—¡Fiel Patroclo! contestó el caballero limpiándose un poco los ojos. No he esplicado los resortes de que se valdrá de Grañina, porque considero este asunto completamente acabado. El arzobispo de la diócesis es el solo amigo íntimo que tiene el señor de Bruna. Es tio de Grañina, y yo tambien tengo el honor de ser su pariente, aunque lejano. Tengo muy presente lo que debí al estudiante

el dia que se ejecutó ¡oh Dioses! la fiesta memorable de Praxiteles, y aunque nada le debiera, mi afecto...

—Y ahora que hablamos de eso, dijo Cárlos deseoso de cambiar la conversacion, ¿ha refundido usted ya del todo aquella comedia tan inicuamente despedazada por los cómicos de la legua?

—Voy á recitarle á usted la última escena... pero no ahora. Veo que está su amigo de usted Alberto impacientísimo, y no apreciará debidamente mis entonaciones y pasion mímica. Vóime, pues, al palacio arzobispal...

—Sí, buen caballero, por el amor de Dios, esclamó Alberto como fuera de sí. No pierda usted tiempo, hable á todo el mundo, y acuérdese de que está usted en libertad y su amigo encadenado.

Intervino Cárlos pidiendo al caballero se detuviese un poco, y á Alberto que refrenase su miedo; pero ambos le desatendieron. El de Guzman dijo que se confesaba culpable de omision, y justamente reprendido por Alberto. —Pero yo

enmendaré, continuó, esta falta, pues juro no descansar hasta conseguir verle á usted libre. Entonces hablaremos á nuestro placer de las ventajas comparativas de la antigua y de la moderna estrategia. *Au plaisir*, Cárlos. Gracias mil, señor Alberto, por haberme recordado aquel precepto de la sabiduría. *Ne remettez point au lendemain, ce que vous pouver faire aujourd'hui.*

CAPITULO X.

¿Y tú tambieu querrias ser soldado, Orlando?

Sir W. Scott.

Hubiera Cárlos podido quejarse de sus amigos, no tanto porque no le aliviaban en sus calamidades, pues esto tal vez no les sería posible, como porque no le sacaron en tres largos penosos dias de la suspension en que estaba. Despues de las que quedan referidas de Chato, no habia tenido nuevas de Isabel, y esto aumentaba su inquietud en no pequeño grado. Al fin le visitó el mayor de Graïïna, trayéndole copia de la sentencia definitiva, por la cual se le condenaba á servir por seis años en el ejército. — Este es apenas castigo, dijo de Graïïna, pues entrará usted de distinguido ó de cadete, y puede dedicarse á la carrera militar, ó abandonarla despues sino le gusta.

Dos dias mas pasaron, y hé aqui ya á nuestro héroe cubierto del hábito militar, libre, y dirigiéndose con su gozoso amigo Alberto al convento de las nobles monjas para dar á Isabel la grata noticia en persona. La voz que respondió en la portería rehusó dar noticia alguna respecto á Isabel. La portera de Chato habia sido cambiada. Pidió el caballero hablár á la abadesa. Esta señora no conservaba, segun dijo, especie alguna de su fisonomía. Cuando se le preguntó por Isabel, dijo que no tenia confianzas que hacer á un estraño, y urbanamente volvió la espalda á los dos amigos. Si hubiera sabido Isabel la persona que en aquel punto estaba en el locutorio pidiendo verla, ¿quién la hubiera detenido en su celda?

Fue Cárlos sin tardanza al mayor de Grañina, que sorprendido de la conducta de su tia, le prometió visitarla á la mañana siguiente, y zanjar todas aquellas dificultades.

Entre tanto tuvo que presentarse

nuestro héroe en su cuartel, á cuya puerta se despidió de Alberto, que en vano solicitaba se le permitiese entrar tambien y pasar alli la noche. El ayudante del regimiento señaló á Cárlos su compañía y le presentó á los oficiales de ella. Sonó el tambor, se pasó lista, se distribuyeron las guardias, y cada uno se retiró á su tablado á pasar la noche. Nuestro recluta pasó su primera noche de servicio meditando sobre el placer de ver á su prometida al dia siguiente.

Suele permitirse á los distinguidos dormir fuera del cuartel como los oficiales, y la solicitud de esta gracia era la primer operacion que proyectaba practicar el nuestro á la otra mañana. Al toque de diana se presentó como los otros soldados á la lista, causándole alguna sorpresa hallar á los oficiales tan temprano reunidos ya en el cuartel. Se formó el regimiento, salieron al frente los oficiales, y se les comunicó una orden del general Landesa, mandando que estuviese el cuerpo dispuesto para marchar

á las diez de la mañana. El ayudante dió otra orden del coronel, previniendo que antes de las ocho se pasasen las revistas de las compañías, que se comiesen los ranchos antes de las ocho y media, y que á las nueve estuviese el cuerpo pronto para su examen. Despues de esta orden le fue imposible á Cárlos separarse ni un punto del cuartel.

En medio de la vejacion que le causaba tener que salir tan precipitadamente de Sevilla, ignorando del todo la suerte de Isabel, sonaron pífanos y cajas, y nuestro héroe, lo mismo que todos los otros héroes del cuartel, se formaron en sus puestos. Aun estaban en esta actitud, cuando se presentó Alberto á su amigo derramando gozo por los ojos, y vestido tambien de militar.—¿Cómo es eso? le preguntó admirado Cárlos.

—¿Qué quieres? Le replicó su compañero. No puedo abandonarte, y si pudiera no quiero. Con que senté plaza, y aqui me tienes. Pero tú no sabes lo que hay. Tenemos guerra, á lo menos muy

probable, con los ingleses. Toda España está en armas; se dice que vamos á Portugal para cubrir la frontera. Si acaso te ves tú apurado, y yo no me muero de miedo el dia de la batalla, podré socorrerte. Si yo acabo, tú protegeras á la pobre Eugenia, y cuando viejo contarás mis hazañas á los mozos del pueblo. Pero no hay que temer. A pelear vamos contra hereges. ¿Con que quién ha de ganar? ¿Abandonará Dios á los suyos?...

Sonaron otra vez en esto pífanos y cajas; formó el regimiento por cuartas en columna, y salió á paso redoblado del cuartel. Poco tiempo habia pasado, y ya no se divisaban las torres de Sevilla.

Mucho sintió el mayor de Grañina la inesperada marcha del regimiento de Cárlos; pero él, fiel á su palabra, pasó aquel mismo dia á ver á la abadesa. Se manifestó esta señora contentísima de ver á su sobrino, y pasaron entre ambos parientes mil y mil anticuados cumplimientos. Despues se habló de Isabel. — Tú

sabes, dijo la abadesa, el escándalo que ha ocasionado en el convento y en toda la ciudad, negando al pie de los altares la profesion que tanto habia deseado. El arzobispo es ahora su director espiritual, y yo tengo orden para abstenerme de hablar de esta señora hasta que se aclaren ciertos asuntos de conciencia. Quiso, no obstante, el mayor penetrar aquellos misterios, y le habló á su tia de su juvenil apariencia, de la frescura de su cutis, de la gracia de sus palabras, pero todo fue inútil. Y como la paciencia de nuestro mayor no era proverbial de modo alguno, le dijo dos ó tres docenas de cosas tan ásperas cuanto un caballero puede decir á una señora, y salió del convento echando pestes mentales contra tias y abadesas.

Habia esta buena señora sentido mucho la intervencion episcopal en los negocios interiores de su convento. Imaginaba disminuida su jurisdiccion, y aunque admitia que la autoridad episcopal fuese la suya, no se acordaba de caso

alguno en que el prelado diocesano se hubiese mezclado en los asuntos de las monjas. Desgraciadamente era el arzobispo de disposicion por estremo blanda y suave, y ya de muchos años, y la abadesa no dejaba de abusar del genio facil y manejable del prelado. Debe, empero, añadirse en mitigacion de la conducta de esta señora, que habia tenido mucha influencia en sus procedimientos su sutil amigo Pedro Gonzaga, que irritando sus zelos contra la autoridad del arzobispo por una parte, inflamando su supersticion por otra, y finalmente, diciendo de cuando en cuando una palabrita oportuna en elogio de la hermosura de Isabel, habia logrado hacer adoptar á la abadesa sentimientos consonantes en todo con sus deseos.

Los buenos de los alquimistas habian perfeccionado el arte, ya sin crédito ni uso, de hablar en favor de las personas á quienes querian arruinar. Asi, habian exasperado á la abadesa, no con calumnias, sino con apologías de Isabel. Habia

ésta ejecutado su fuga por medios desconocidos aun de aquellos rencorosos tiranos, pero que no podia ignorar ella. El ánimo que habia manifestado al implorar la proteccion del arzobispo, su talento para eludir las intrigas que contra ella de continuo fraguaban, les hacia temer que si llegaba á verse libre podria comprometerlos muy seriamente. Ni podian transpirar en ocasion peor que aquella secretos algunos contra los alquimistas. Sus intrigas políticas estaban muy adelantadas, y la guerra contra Inglaterra era la mejor coyuntura que podian apetecer para recobrar su perdida influencia. Aunque los alquimistas vacilaban acerca del modo con que pudo Isabel escalar sus calabozos, suponian que tuviese Cárlos parte en aquel suceso, y conociese los pormenores. Esto les bastó á los buenos señores para decidir su esterminio por hierro, plomo, veneno ó cualquier otro medio. El general Landesa, bajo cuyas órdenes estaba el regimiento de Cárlos, se encargó del cuida-

do de acallarlo para siempre. La venganza era segunda naturaleza en nuestro gefe, y aun no habia olvidado el brillante papel que hizo la segunda noche que fue á ver á Isabel. Desde entonces habia pasado muchos momentos felices, imaginando por cuántas heridas saldria el alma de Cárlos. Ni era la memoria de la marquesa del E. menos dichosa que la de su futuro. Aun se acordaba de la afrenta que recibió de su ahijada, y estando en la presente crísis estremadamente relacionada con los alquimistas é interesada en su prosperidad, no necesitaba persuasiones para agotar su poder en la ereccion de una barrera que separase á nuestra heroina de la comunicacion del siglo. — Jamas, decia, me hubiera yo comprometido con aquel detestable Cárlos á no ser por Isabel. Y quién sabe si él le habrá comunicado aquella flaqueza mia, y asi ella me desprecia... ¡Cielos!... Pero llevará su desprecio á otras tierras, ó tendrá que sofocarlo en los calabozos de la inquisicion...

La liga entre el general, los alquimistas y la marquesa, tanto mas temible cuanto estava envuelta en mas impenetrable secreto, la bondad del arzobispo, y las peculiaridades de la abadesa, todo conspiraba contra la desamparada Isabel. La abadesa habia con suaves persuasiones convencídola de que debia, por entonces, estar satisfecha con la seguridad del convento. Tambien se quejó amistosamente de la mortificacion de que se la espiase en su propia casa por los agentes del palacio arzobispal, é insinuó que teniendo ya seguridad y amparo, no debia Isabel llevar las cosas á los estremos, y provocar la intervencion del santo tribunal de la fé. Finalmente, con reiterados ofrecimientos de amistad, y bajo la condicion precisa de que nunca le hablaria de que tomase el velo, logró la abadesa persuadir á Isabel á que dijese al arzobispo por medio de su capellan, que ya se consideraba segura; dió á este último infinitas gracias por sus muchos favores, y le suplicó le enviase

un confesor y viniese á verla de cuando en cuando.

Desde entonces apenas se apartaba la abadesa de nuestra heroina. Lloraba Isabel, y se quejaba de no recibir carta de Cárlos, á quien habia escrito repetidas veces por el correo. Se acordaba sin cesar de su último billete, y le leía con copiosas lágrimas. Se imaginaba verlo en el patíbulo, y oir su último aliento sofocado por el infortunio, mancillado por la infamia. La fuerza fisica no pudo resistir tan aguda agonía mental, agravada por las tenebrosas insinuaciones de la abadesa. Volvió á verse devorada de fiebres nerviosas; su vida era un continuo y horroroso delirio; y cuando visitó el mayor de Grañina á su tia, yacía Isabel exánime en su lecho, y la mano de la muerte, levantada sobre su cabeza, parecia estar pronta á satisfacer los deseos de sus enemigos.

FIN DEL TOMO CUARTO.

1033163